

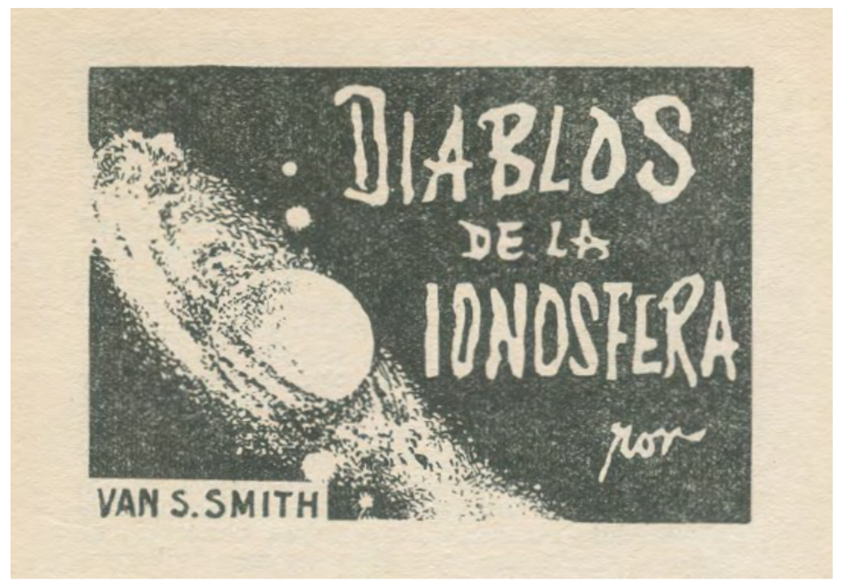
2
33
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
DIABLOS en la
IONOSFERA
por VAN S. SMITH


VAN S. SMITH
DIABLOS DE
LA IONOSFERA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

© EDITORIAL VALENCIANA, 1961

Depósito legal V. 2739 - 1961
Num. de Rgtro. 5391 - 1961
PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA

Cover



CAPÍTULO I

La primera noticia del regreso de la «nave del espacio»[1] llegó a los organismos oficiales el 12 de mayo. Durante unos días, mientras los observatorios astronómicos seguían con sus poderosas lentes los movimientos de la siniestra «nave del espacio», la noticia se mantuvo en secreto.

Hacia primeros de junio, la «nave del espacio» vino a quedar «anclada» en una órbita de satélite alrededor de la Tierra. A partir de entonces, cada día, la «nave del espacio» pudo ser vista por el hombre de la calle al anochecer y antes del alba, brillando en el cielo semejante a una estrella de primera magnitud, moviéndose de occidente a oriente recorriendo el arco celeste en un tiempo de tres horas y treinta minutos.

La noticia del regreso de la nave, inevitablemente, hubo de trascender al gran público y tuvo en la Prensa mundial adecuada resonancia.

Como había sucedido dos años atrás, el mundo se sintió presa de pánico. Con mayor motivo ahora, pues el universo conocía mejor el significado de aquella amenaza.

En efecto, se sabía que la «nave del espacio» iba tripulada por una raza de grandes insectos, organizados en una sociedad a semejanza de la humanidad terrestre, pero cuyas concepciones técnicas superaban en mucho las más brillantes realizaciones del hombre de la Tierra.

La nave de los insectos, una gigantesca esfera de acero de más de tres kilómetros de diámetro, estaba especialmente construida para realizar vuelos de centenares de años de duración a través del Cosmos, albergando una tripulación de varios miles de seres.

La técnica terrestre no poseía nada parecido.

Para alivio de los atemorizados terrestres, la nave sideral de los «hombres-insecto» sólo permaneció unas horas en las vecindades de la Tierra, pero éste fue en verdad un alivio bien efímero.

Astronautas rusos, alemanes y norteamericanos habían realizado vuelos al espacio para abordar la fantástica «nave», documentando con fotografías y «films» la aventura vivida a bordo de la máquina interplanetaria. Un ejemplar de la raza de insectos que tripulaba la «nave del espacio» fue llevado a la Tierra y examinado por los científicos más notables de todo el mundo.

La opinión de los hombres de ciencia, consultados sobre el caso, fue que la «nave del espacio» volvería más pronto o más tarde.

Basándose en conjeturas, las personalidades duchas en la materia

dedujeron que los «hombres-insecto» procedían de algún lejano planeta distante centenares de años-luz. Algún cataclismo cósmico, o tal vez la simple curiosidad de conocer otros remotos mundos, había impulsado a los insectos a embarcarse en su extraordinaria nave para realizar un vuelo de siglos en busca de un planeta donde las condiciones de vida fueran favorables a su naturaleza.

De entre todos los planetas que gravitaban alrededor del Sol, la Tierra era el único mundo donde aquella raza de grandes insectos inteligentes podría vivir y prosperar en condiciones óptimas.

La pregunta, para la cual nadie atinaba a dar una respuesta, era si después de haber descubierto la Tierra, los insectos se prepararían a conquistarla, o bien renunciarían a ella prosiguiendo viaje en busca de otro planeta de idénticas características.

La Ciencia, interrogada, contestó a esta pregunta en términos desalentadores.

De entre todos los mundos que poblaban la inmensidad del Cosmos, la Tierra era una rareza de la que probablemente no existía un doble perfecto. Y las enormes distancias a que gravitaban unos mundos de otros, hacían de esta búsqueda una aventura temeraria.

Si los «hombres-insecto» buscaban un mundo semejante a su planeta de origen, éste era sin duda la Tierra.

Y puesto lo habían encontrado tras prolongada búsqueda, todo parecía indicar que no iban a renunciar a él sin haber intentado siquiera su conquista.

En todo esto pensaba Elliott Rhine mientras tumbado de espaldas en su sillón de espuma, anatómicamente conformado, veía a través de la angosta ventanilla de su cabina un pequeño punto de luz brillante en el cielo a semejanza de una estrella de primera magnitud.

Aquella estrella que se movía rápidamente en el espacio era la «nave sideral» de los «hombres-insecto». Si todo salía bien, Rhine estaría antes de media hora allá arriba volando en una órbita de satélite en persecución de la «nave del espacio». En determinado punto de esa órbita, Rhine apretaría el botón eléctrico que soltaría simultáneamente sus dos cohetes de combustión sólida con cabeza de combate nuclear y, si había suerte y los condenados «hombres-insecto» no detenían aquellos proyectiles a tiempo, los cohetes alcanzarían a la gigantesca nave y la despedazarían en mitad de dos enormes explosiones atómicas.

Así esperaba el mundo verse libre de aquella siniestra amenaza.

Mientras permanecía allí, amarrado a su sillón, esperando la cuenta de los últimos cinco minutos previos para el lanzamiento, Elliott Rhine tuvo un breve recuerdo para los ajetreados meses transcurridos desde que la «nave del espacio» reapareció por segunda vez en el cielo de la Tierra,

hasta este momento en que culminaban todos sus esfuerzos y fatigas.

No tenía miedo; si lo hubiera sentido no se habría ofrecido voluntario para tan peligrosa misión. Sin embargo, no podía evitar encontrarse preocupado.

Algo de esto debía ocurrirles a los artistas al comienzo de cada representación, en el momento de presentarse ante el público. Él, Rhine, también estaba representando a su modo un drama a los ojos de un público ansioso que lo esperaba todo de él.

Su público era el mundo entero, miles de millones de seres humanos; hombres, mujeres, ancianos y niños a los que él debía, y en verdad estaba obligado a salvar.

Él, Rhine, era un hombre con un agudo sentido de la propia responsabilidad. Por eso se sentía preocupado.

De pronto, en el tablero de instrumentos, brilló la mágica señal esperada por Elliott:

«X menos 60 segundos».

El viaje iba a comenzar. Rhine se hundió más en su sillón de espuma de caucho. Las mangueras que en cinco minutos le habían aprovisionado de combustible y oxígeno líquido, el cordón umbilical que mantenía unido el cohete a la tierra, acababan de ser desconectadas.

A través del cristal de la ventanilla lateral, por el rabillo del ojo, Elliot vio retirarse la gigantesca grúa de acero rodando silenciosamente sobre sus raíles. En la cabina todo estaba en silencio y sólo se escuchaba el abejorreo de los ventiladores con el amordazado zumbido de los giroscopios automáticos.

«X menos 30 segundos».

Las manos de Elliot se apoyaron en los brazos del sillón. Nunca antes de ahora se había realizado un lanzamiento tan peligroso como aquél. Y del mismo riesgo que corría Rhine se hacían partícipes los hombres que a 500 metros de distancia manejaban los mecanismos de control.

Si el cohete estallaba en el último momento, su carga atómica estallaría también y la Base entera sería borrada del mapa.

Después de todo, un cohete cargado con un par de bombas atómicas era algo que no todos se habrían atrevido a tripular.

Rhine apretó uno de los botones que estaban al alcance de sus dedos en los brazos del sillón. La comunicación telefónica con la Base había quedado interrumpida al ser desconectados con las mangueras los cables que suministraban corriente eléctrica al cohete. Ahora la comunicación quedó de nuevo restablecida por radio.

Elliott pudo escuchar la voz pausada del oficial que en el blocao de cemento y acero, a 500 metros de distancia, llevaba al revés la cuenta previa al disparo del cohete:

-Quince segundos... catorce... trece... doce...

Rhine hizo una profunda inhalación por el tubo de oxígeno conectado a su escafandra.

-Ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno. Cero.

-¡Fuego! -dijo otra voz, la del encargado de efectuar el disparo al apretar el botón de ignición.

Un rugido pavoroso envolvió a Elliott Rhine. Su cuerpo se hundió más en el sillón cuando el cohete empezó a moverse con un brusco tirón; el acelerómetro, situado ante él en el tablero de los instrumentos, saltó a un «ge» y dos «ges» y la aguja continuó moviéndose a medida que los motores de la primera sección del cohete consumían rápidamente tonelada tras tonelada de combustible.

A 8 «ges», la presión del cuerpo de Rhine contra el asiento era del orden de los 600 kilogramos. Una agobiante opresión en el pecho le impedía casi inhalar el oxígeno. Hizo un intento para mover sus manos sobre los brazos del sillón y encontró que éstas le pesaban como plomo.

La aguja del acelerómetro retrocedió bruscamente al separarse la primera sección, agotado su combustible. Pero inmediatamente se puso en ignición la segunda sección y la aguja volvió a avanzar de un salto señalando 9 «ges».

La segunda sección agotó a su vez su combustible y se desprendió por sí sola del cuerpo principal del cohete.

Hundido en su sillón, imposibilitado de hacer el menor movimiento, incluso de pensar, Elliott Rhine sintió cierta débil sensación de alivio al decirse que pronto aquella insoportable tortura iba a terminar.

En efecto, poco después se apagaba la tercera sección, cedía la brutal opresión que aplastaba a Rhine, y éste sentía esponjarse el colchón de espuma de caucho bajo su cuerpo. El cohete, y con él el propio Rhine, se encontraban en órbita.

Cierto hormigueo optimista se apoderó de Rhine. Sin embargo, la parte más difícil de su misión no había hecho sino empezar.

La voz del coronel Widman resonó clara y potente en los auriculares del cosmonauta.

-Hola, Rhine. ¿Todo va bien?

Rhine contestó:

-Hola, coronel. Sí, todo marcha según lo previsto, pero no veo la «astronave» en este momento.

-La «astronave» y su propio cohete atraviesan en este instante el cono de sombra de la Tierra. Pronto verá la «nave del espacio» al salir del cono de penumbra ante usted. Y si conecta el «radar» la verá mejor.

La mano de Rhine se corrió por el brazo del sillón para oprimir uno de los botones coloreados que estaban al alcance de sus dedos.

Las luces de la cabina se atenuaron, brillando en su lugar una vaga fluorescencia roja. Ante Rhine, en el tablero de instrumentos, varias ráfagas de luz pasaron a través de una pantalla oscura.

De súbito, un pequeño punto de luz ambarina brilló sobre el cristal deslustrado de la pantalla de «radar».

-Veo la «nave del espacio» -informó Rhine-. Debe estar a unos mil kilómetros de distancia.

-Ésa es exactamente la distancia a que deben encontrarse uno de otro según nuestros cálculos -repuso la voz serena del coronel-. Ahora debe acelerar de nuevo hasta acortar esa distancia a la mitad. A quinientos kilómetros soltará usted sus proyectiles y desacelerará para caer describiendo un arco hacia la Tierra.

Widman no hacía sino repetir algo que Rhine tenía aprendido de memoria.

El cohete estaba girando lentamente sobre su eje. Por el cristal de la ventanilla Rhine vio un gran arco luminoso extendiéndose de derecha a izquierda hasta donde alcanzaba la vista. Era el alba que avanzaba sobre la Tierra, todavía sumida en la oscuridad de la noche miles de kilómetros más abajo.

De pronto, allá al frente, Rhine vio encenderse una nueva estrella semejante a un potente fanal que avanzaba muy deprisa entre las demás estrellas fijas que tachonaban el espacio. Era la «astronave» de los «hombres-insecto», que ante Rhine entraba en la zona iluminada por el Sol.

Elliott pulsó uno de los botones del cuadro adosado al brazo de su sillón.

Al acelerar de nuevo el cohete, su piloto fue lanzado violentamente hacia atrás contra el respaldo de su sillón. La aguja del acelerómetro avanzó de un salto a 2 «ges» y continuó subiendo mientras Rhine permanecía atento a las indicaciones del «radar».

Un minuto después, Rhine se sentía deslumbrado al darle en los ojos la luz del sol. El cohete, al mismo tiempo que aceleraba impulsado por los motores de la tercera sección, seguía girando sobre sí mismo con lentitud, de tal modo que Rhine estaba alternativamente cabeza abajo con respecto a la Tierra, o bien «de pie» sobre ella.

En realidad, como este movimiento de rotación no podía ser sentido por el cosmonauta, el efecto era más bien contrario, y era la Tierra quien parecía girar alrededor del cohete viéndose tan pronto a la derecha de éste, como arriba, a la izquierda o debajo.

Este movimiento de rotación era acompañado por un ligero movimiento de oscilación de la proa del aparato.

Antes de proceder al lanzamiento de los proyectiles, Rhine rectificó este movimiento de oscilación y estabilizó su aparato de forma que quedó

volando cabeza abajo respecto a la Tierra; o lo que era lo mismo, la Tierra estaba sobre su cabeza.

Apenas Elliot había terminado de estabilizar su máquina cuando el «radar» le dio la distancia prudencial desde la cual debía soltar los proyectiles. Al mismo tiempo, los motores de la tercera sección de cohete se apagaron automáticamente. La aguja del acelerómetro volvió a caer a cero, y Elliott sintió que volvía a su estado de ingravidez anterior al notar cómo se levantaban los muelles de su asiento.

Su velocidad era en este momento del orden de los 30.000 kilómetros por hora. Si la «astronave» de los «hombres-insecto» hubiese estado inmóvil, Elliott habría salvado en un minuto los 500 kilómetros de distancia que todavía le separaban de ella. Como en realidad la «astronave» estaba moviéndose también a una velocidad constante, Elliott tardaría alrededor de ocho minutos en darle alcance.

Antes Elliott tenía que lanzar sus cohetes de carga atómica y picar hacia tierra para escapar a la tremenda explosión que haría pedazos la gigantesca nave de los «hombres-insecto».

Ante Rhine, en el tablero de instrumentos, brillaban con luz uniforme y fija dos pequeños cristalitos rojos tras los que se adivinaban sendas diminutas bombillas. Entre ambas luces había un botón. Las luces indicaban que los proyectiles cohete de cabeza nuclear seguían listos para ser disparados, adosados a ambos costados del aparato. El botón servía para disparar los cohetes.

Elliott alargó la mano y oprimió aquel botón.

Sintió la reacción de los cohetes transmitida en forma de una sacudida que frenaba la nave.

Ante Elliott, por el cristal de la ventanilla, se vio la estela de humo de los cohetes al separarse del aparato y partir raudamente con impulsión propia.

En el tablero de instrumentos, una de las luces rojas se tornó amarilla. La segunda lucecilla siguió siendo roja.

Elliott miró satisfecho el tablero al mismo tiempo que oprimía un botón del brazo de su sillón.

Su satisfacción se trocó en sobresalto, y luego en furor al comprobar que sólo uno de los cohetes con cabeza atómica se había separado del planeador para tomar su camino hacia el blanco.

¿Qué había sucedido?

En el mismo momento, los pequeños cohetes de desaceleración de la proa del aparato se encendieron obedeciendo al impulso del botón de ignición accionado por el cosmonauta.

Por efecto de la citada maniobra, Rhine fue impulsado con fuerza hacia adelante. Sin los cinturones que le sujetaban a su asiento, Rhine habría sido

arrancado violentamente de éste y arrojado contra el tablero de instrumentos.

Los acontecimientos ahora se estaban desarrollando a una velocidad vertiginosa.

Mascullando una maldición, Rhine volvió a apretar el botón de disparo, intentando vanamente soltar el cohete que seguía pegado al costado del planeador.

El cohete disparado, mientras tanto, se alejaba velozmente en busca de la «nave del espacio». Como se trataba de un cohete dirigido al blanco por «cerebro» electrónico, Rhine no tenía que preocuparse de afinar la puntería.

Pero en este preciso momento algo ocurrió que vino a echar por el suelo sus esperanzas y de los hombres que allá en la Tierra esperaban ver destruida la gigantesca «nave del espacio».

Apenas el proyectil dirigido de Rhine acababa de ser disparado, cuando se destacaron de la «astronave» una docena de movibles puntos de luz que, en la pantalla del «radar», avanzaron velozmente saliendo al encuentro del cohete terrícola.

Ahogando una exclamación de rabia, Rhine se aferró a los brazos del sillón.

Siempre habían esperado que los «insectos» no se estuvieran quietos mientras vieran un cohete de cabeza de combate atómica avanzar como un meteoro contra su astronave. Probablemente los «hombres-insecto» tendrían también sus medios defensivos, y eran estos medios los que se acababan de poner en acción contra el ataque de Elliot Rhine.

-¡Cohetes anti-cohetes! -exclamó Elliott lleno de rabia y desesperación.

Los proyectiles de los «insectos», probablemente dotados de un «cerebro» electrónico que los guiaba también al blanco, evolucionaron ágilmente cortando el paso al torpedo aéreo de Rhine.

La colisión se produjo a los cuatro minutos de haber lanzado Rhine su torpedo. Hubo un deslumbrador fogonazo. Una bola de fuego chisporroteó silenciosamente en mitad del espacio negro, obligando a Elliott a inclinar la cabeza y cubrirse los ojos con las manos.

Todavía estaba Rhine deslumbrado, viendo danzar ante sus ojos muchos globos de fuego verde-azulado, cuando resonó en sus auriculares la voz excitada del coronel Widman:

-¡Alo, Rhine! Acabamos de ver brillar una explosión atómica por la parte de Oriente. Acertó usted a la nave espacial de los «insectos», Rhine. Enhorabuena.

-Guarde sus felicitaciones para otra ocasión -rugió Elliott-. Sólo pude soltar un torpedo. El segundo no salió, y el que salió fue interceptado por los cohetes anti-cohetes de los «hombres-insecto». ¿Qué se creían, que iba a ser tan fácil echar abajo esa aeronave?

-¡Rhine! -exclamó la voz sorprendida del coronel. Se produjo un largo silencio. Luego Widman habló de nuevo-: Lo siento, Rhine.

-Sí. Yo también lo siento -dijo Elliott con aspereza.

Nuevo silencio. Luego:

-Vamos a ocuparnos ahora de usted -era la voz de Widman-. ¿Ha probado a desenganchar ese torpedo?

-Sí, aunque sin resultado.

-Tiene que desprenderse de esa bomba, Rhine. Con ella no podrá volver a la atmósfera de la Tierra. ¿Tiene a mano un martillo?

-Sí.

-Entonces, salga afuera y trate de desprenderse de ese torpedo como pueda.

CAPITULO II

Después de apagar los cohetes de freno, Rhine hizo saltar los pasadores de su triple cinturón y se dio un ligero impulso contra el asiento.

En aquella falta absoluta de gravedad, Rhine salió del sillón y flotó en el aire yendo a golpear con su casco en el bajo techo de la cabina. Moviéndose con rapidez arrancó los tubos de caucho que conectaban su escafandra a la toma de oxígeno del cuadro de instrumentos. En el piso, sujetas con abrazaderas de cuero, había dos botellas de oxígeno provistas de arnés para ser colocadas a la espalda.

Moviéndose con dificultad en un espacio tan angosto, golpeando aquí y allá con la cabeza, las rodillas y los codos, Rhine consiguió adosarse las botellas a la espalda y conectar a ellas el tubo de su escafandra.

Cuando estuvo listo para salir, Elliott infló su traje de presión y abrió una válvula inmediata a la escotilla.

El aire contenido a presión dentro de la cabina empezó a escapar al vacío cósmico.

Rhine empezó a destornillar el pasador de seguridad de la escotilla de escape, la cual caía hacia atrás de su sillón en el techo de la cabina. En circunstancias normales, el aire contenido a presión dentro de la cabina mantenía herméticamente cerrada la escotilla, pero al ceder la presión interior Elliott pudo abrirla hacia adentro.

De pie en el piso de la cabina, la cabeza de Elliott sobresalía del agujero de la escotilla.

Miró a su alrededor al negro espacio en el que brillaban a la vez el sol, la Luna y las estrellas. La astronave de los «hombres-insecto», todavía lejos, era a modo de una naranja plateada sobre su cabeza.

De pronto, Rhine vio algo que le heló la sangre en las venas.

Otro objeto plateado venía velozmente en dirección al cohete dejando en el espacio negro una prolongada estela de humo.

¡Era un proyectil dirigido!

El cohete, cuya forma ni siquiera pudo precisar Elliott, se abalanzó contra la máquina. Elliott sólo acertó a asirse con ambas manos al borde de la escotilla, esperando el choque inminente que no se hizo esperar.

Guiado por un «cerebro» electrónico, el torpedo cayó violentamente sobre el planeador de Rhine.

Brilló un fogonazo.

Sin saber cómo, Elliott Rhine se vio de pronto flotando en mitad del espacio. La explosión le había lanzado fuera de su aparato destrozado y él era ahora un cuerpo inerte girando en torno a la Tierra en una órbita de satélite.

Lejos, a 500 ó 600 metros de distancia, una tenue nube de gases se

dispersaba señalando el lugar preciso donde tuvo lugar la colisión entre el proyectil y el cohete planeador. Los restos de éste, aventados por la fuerza de la explosión, flotaban más lejos alejándose de Rhine. Él jamás los podría alcanzar, pero incluso si hubiera tenido algún medio de impulsarse a voluntad en el vacío, el intento habría resultado igualmente inútil.

El cohete, averiado por la explosión del torpedo contrario, era una máquina tan inerte como él mismo.

Ni con su destrozado aparato, ni solo, podría Elliott regresar jamás a la Tierra. Impulsado por la velocidad que llevaba su máquina en el momento del accidente, Elliott era un bólido humano condenado a girar eternamente alrededor de la Tierra como cualquier otro cuerpo inerte...

Pronto sería un cuerpo inerte, pues en el mejor de los casos no alcanzaría a vivir más tiempo que el que durara su provisión de oxígeno y la carga eléctrica de los acumuladores de cadmio y níquel de su sistema de calefacción. Su vida quedaba irremisiblemente supeditada a la duración de estos dos elementos indispensables, y al comprenderlo así, Rhine se sintió presa de mortal desesperación.

Al tomar parte en esta misión había aceptado incondicionalmente el riesgo inherente a una empresa tan peligrosa. Pudo haber muerto en el momento de despegar su cohete, o hacía sólo unos instantes cuando su máquina fue destrozada por el torpedo enemigo.

Pero morir en mitad de una explosión atómica era infinitamente dulce comparado con la muerte por frío y asfixia que le esperaba. En el primer caso se trataba de una muerte rápida, tan rápida que uno ni siquiera había de llegar a darse cuenta.

En cambio, era estremecedora la perspectiva de morir poco a poco en larga agonía, sintiendo que sus miembros se iban helando y faltaba a sus pulmones el oxígeno vital...

«La hemos hecho buena», dijo Elliott para sí.

Pero aunque era humano y experimentó el instintivo temor a la muerte de todos los seres vivos, no se arrepintió de haber tomado parte en aquella aventura casi suicida que le trajo a esta situación. Había cumplido un deber y tuvo mala suerte, esto era todo. Mas si por una circunstancia milagrosa pudiera salvarse y regresar sano y salvo a la Tierra, volvería a intentar destruir la «nave del espacio» de los «hombres-insecto» si alguien le ofrecía la oportunidad de repetir la aventura.

Los ojos de Elliott se volvieron hacia la lejana «astronave» que pese a todo no había podido destruir. Y al mirar en aquella dirección de nuevo sintió que el corazón le daba un vuelco.

Alguien, o «algo» venía hacia él.

«Otro de esos malditos proyectiles dirigidos», pensó Elliott.

La posibilidad de que se tratase de un torpedo aéreo dispuesto a

embestirle y matarle, casi alegró a Elliott. Ésta, al menos, sería una forma rápida de terminar. Sin embargo, no tardó en comprender que no se trataba de un torpedo.

En primer lugar, la velocidad de la máquina era más bien moderada. Después, el artefacto resultaba demasiado voluminoso para un simple torpedo.

Era una aeronave.

Elliott experimentó el tercero de sus sobresaltos desde que unos minutos antes se vio atacado por un torpedo enemigo. ¿Una aeronave? Esto sólo podía significar una de dos cosas.

O los «insectos» acudían a rematarle, o bien se proponían cogerle y hacerle prisionero.

Si el propósito de los «hombres-hormiga» era matarle, en verdad que se tomaban un trabajo inútil. Elliott iba a morir de todos modos por frío y asfixia. De los «insectos» no pensaba que fueran tontos.

Por lo tanto, la idea de aquellos repulsivos bichos era capturarle vivo.

¡Cautivo de los «hombres-insecto»!

La perspectiva era más horripilante que la misma muerte larga y penosa que aguardaba a Elliott mientras giraba alrededor de la Tierra convertido en hombre-satélite. Por un instante cruzó por la mente del terrícola la idea de arrancarse el tubo de oxígeno de la escafandra y dejarse morir por asfixia y descompresión rápida en menos de 15 segundos.

Luego, algo retuvo a Elliott impidiéndole practicar esta forma de suicidio.

Si ya estaba muerto de todos modos, ¿qué perdía esperando? Tal vez los «insectos» no le matasen. No cabía esperar gran cosa de ellos, esto era cierto. Mas mientras le quedase vida le quedaría esperanza.

Al menos conocería algo de aquellos seres extraordinarios antes que le devorasen.

Los «hombres-insecto» eran antropófagos.

Elliott Rhine se propuso no ofrecer resistencia. Ésta hubiese sido por demás inútil, ya que Elliott no llevaba armas y carecía de cualquier otro medio de defensa.

La aeronave, al acercarse, fue moderando su marcha. Era un aparato de forma más bien aplanada, de líneas aerodinámicas y no desprovistas de elegancia, con una cabina alargada sin ventanillas, con una prolongación a popa que se levantaba a modo de un timón. Dos chorros de gases la impulsaban lentamente hacia donde Elliott se encontraba flotando en el vacío.

El aparato llegó a menos de 50 metros del terrícola y se detuvo.

En realidad, aunque parecía parada, la aeronave estaba moviéndose por el mismo impulso que llevaba a Rhine a más de 30.000 kilómetros por hora

girando en una órbita de satélite alrededor de la Tierra.

La Tierra era el único punto de referencia que en este momento servía a Elliott para dar cierta sensación de movimiento. Pero a juzgar sólo por las apariencias, era la Tierra la que debajo de Rhine giraba a gran velocidad mientras que él permanecía inmóvil en el espacio.

De la parte inferior de la aeronave, dos figuras salieron por una escotilla y quedaron como suspendidas en el vacío.

Eran «hombres-insecto». Ambos individuos, por supuesto, iban equipados con trajes de presión, incluida escafandra y depósitos de oxígeno sobre las espaldas. Los insectos, además del equipo propio de los astronautas, debían llevar a la espalda algún depósito de gases a gran presión.

Elliott los vio moverse en dirección a él soltando sendos delgados chorros de gas que luego se esparcían por el espacio.

Impulsados de esta manera, los «insectos» avanzaron hacia Rhine hasta que estando sólo a veinte metros de distancia, cerraron a un tiempo el escape del gas y continuaron acercándose por el leve impulso que esta fuerza adicional les había proporcionado.

Rhine vio sus rostros a través del cristal azulado de las escafandras, e involuntariamente se estremeció.

Los «insectos», viniendo derechos sobre Elliott, alargaron sus manos para apresarlo. Rhine no hizo el menor movimiento para rechazarlos. Habría sido inútil.

* * *

Desde el rincón de la cabina donde le habían echado, con la espalda contra el mamparo de acero, Rhine seguía atentamente los movimientos de los «insectos» sin apenas poder dar crédito a lo que veía.

La cabina de mando de la aeronave, como la de cualquier máquina construida por los hombres, resultaba bastante angosta y aparecía atestada de relojes, esferas e instrumentos de control. Un piloto y un copiloto ocupaban sendos sillones ante los dobles mandos de la aeronave. A la altura de sus ojos, en forma de ventanilla alargada y arqueada, los pilotos podían ver a través de una pantalla de televisión las imágenes que se deslizaban ante la proa del aparato.

Cuatro «insectos» por lo menos formaban la tripulación de la nave, siendo posible que existiera algún otro en alguna parte no visible. Todos los tripulantes, al igual que el propio Rhine, vestían trajes completos de presión y se cubrían con escafandras en las que era insuflado oxígeno a través de los tubos elásticos conectados a las correspondientes espitas.

A derecha e izquierda, dos «insectos» se ocupaban respectivamente del «radar» y la radio. Toda la tripulación se hallaba en comunicación

telefónica directa a través de la red eléctrica.

Esta situación era desconcertante para Rhine, quien con las manos atadas a la espalda seguía desde el suelo los movimientos de aquella extraña tripulación y apenas podía dar crédito a lo que veía.

Hombre poco imaginativo, muy pegado a la realidad, Rhine veía en todo aquello algo tan absurdo como si una rebelión de todos los perros de la Tierra hubiese puesto en manos perrunas los autos, los barcos y los aviones que usualmente conducían los hombres. También los perros eran animales bastante inteligentes. Sin embargo, nadie los creería capaces de suplantar al hombre en las tareas propias de éste.

Igualmente incomprensible era para Rhine que una raza de insectos, ni siquiera tratándose de insectos con un alto coeficiente de inteligencia, fuera capaz siquiera de copiar las grandes realizaciones del hombre de la Tierra.

Como mucha gente en todo el mundo, Rhine se afirmaba en su creencia de que no existía en todo el Orbe criatura capaz de superar al ser humano. De aquí que esta situación fuese para Rhine confusa, irreal y tan poco digna de crédito como una pesadilla. De ninguna manera podía creer que todo cuanto le rodeaba fuese obra de aquellos repulsivos insectos.

Desde el rincón donde le habían dejado caer como un fardo, Rhine alcanzaba a ver por la abertura que quedaba entre los asientos de los pilotos un retazo de la pantalla de televisión.

La aeronave volaba hacia la gran «nave del espacio».

Muy pronto la gigantesca mole de la «astronave» desbordó el marco de la pantalla televisora. Un formidable muro de acero se levantó ante la aeronave, pareciendo inminente que ésta acabaría estrellándose contra aquél.

Luego, al hallarse más cerca, unas grandes puertas se abrieron en el muro hacia el cual volaba la aeronave.

Poco después, la pantalla se oscureció. Cierto roce en la parte inferior del aparato indicó a Rhine que éste acababa de tocar alguna superficie dura con su tren de aterrizaje. La máquina se inmovilizó con una ligera sacudida. Rhine comprendió que allí terminaba el viaje.

El piloto, hasta entonces atento solamente a las maniobras del aterrizaje, soltó los pasadores del cinturón que le sujetaban al asiento y se sacó la escafandra. Se puso en pie, y al volverse para mirar al terrícola se mostró ante éste con toda su horrenda fealdad.

Rhine había visto fotografías de los «hombres-insecto».

Ninguna fotografía podía dar idea de lo que era un «hombre-insecto» real, moviéndose y mirándole a uno.

Una cabezota negra, armada de formidables mandíbulas, con un par de antenas cimbreantes en lo alto, daban a estos insectos cierto notable parecido con la hormiga común terrestre, siendo lo que les valió el nombre

de «hombres-hormiga».

Un «hombre-hormiga» adulto como el que Rhine tenía enfrente, podía alcanzar tres metros de estatura y poseer la fuerza hercúlea de un elefante. Estos insectos tenían cuatro brazos armados de manos de cuatro dedos en los que, igual que el Hombre, podían anteponer tres dedos al pulgar para permitirles toda clase de trabajos manuales.

Aquellas manos, y la circunstancia de andar derechos sobre dos piernas, les habían valido que se antepusiera el nombre de «hombre» al apelativo de «hormiga».

El «hombre-hormiga» clavó sus redondos y negros ojos en Rhine, y el terrícola se sintió estremecer a pesar suyo.

El «insecto» a cuyo cargo corría el aparato de «radar» también se puso en pie sacándose la escafandra. El piloto dejó oír un extraño chirrido, producido al parecer por dos membranas que los «insectos» tenían inmediatamente detrás de la mandíbula.

El operador de «radar» sacó un cuchillo y fue a inclinarse sobre Rhine.

Rhine se echó atrás instintivamente al ver brillar la afilada hoja del cuchillo. El «insecto» alargó el brazo y cortó de un solo golpe la cuerda de las piernas del terrícola. Luego enfundó el cuchillo, agarró a Elliott por un brazo y le puso en pie de un tirón.

-Está bien, muchachos -rezongó Rhine viendo que le empujaban en dirección a la escotilla-. Conozco la salida.

Elliott Rhine conocía más o menos la disposición de la «nave del espacio» de los insectos.

Cuando su primera visita a la Tierra, la «nave del espacio» había sido explorada por cosmonautas rusos, alemanes y norteamericanos, los cuales aportaron buena cantidad de fotografías y films documentales para ilustrar el relato de su espeluznante aventura[2].

Rhine había visto incluso una cría de «hombres-insecto» disecada.

Hasta cierto punto, Rhine estaba preparado para la sorpresa que le aguardaba al echar pie a tierra desde la aeronave. Sin embargo, lo que vio superaba en mucho a las descripciones de los exploradores terrestres.

La aeronave, como Rhine había adivinado, acababa de entrar en un túnel o esclusa de recepción. Una puerta se había cerrado detrás de la nave, y mientras ésta rodaba lentamente por el interior del tubo, la esclusa era llenada de aire a una presión conveniente.

Cuando la presión del aire fue igual en el tubo que en el interior de la «astronave», una segunda puerta se abrió y la aeronave pasó directamente del tubo al grandioso hangar que Elliott Rhine vio al apearse del aparato.

Otras dieciocho o veinte aeronaves como la que había capturado a Rhine ocupaban el hangar, quedando espacio por lo menos para un número doble de aparatos.

La construcción metálica más grandiosa que Rhine había visto en los Estados Unidos, el Golden Gate Bridge, era apenas un juguete de niños comparada a la audaz concepción de un simple hangar a bordo de una gigantesca aeronave de tres kilómetros de diámetro enteramente construida de acero.

En el hangar donde Rhine echó pie a tierra, los techos se levantaban a 60 metros de altura sostenidos por arcadas de acero que hacían parecer aquel lugar una catedral gótica. Todo el espacio estaba brillantemente iluminado por grandes focos y varios «hombres-insecto» y algunos vehículos se movían en los lejanos rincones del hangar, distantes hasta un kilómetro del lugar donde se encontraba Rhine con sus guardianes.

Cuando Rhine saltaba de la aeronave, un vehículo en forma de cajón con llantas de caucho vino rodando silenciosamente y se detuvo junto a la escotilla del aparato.

Del vehículo saltaron dos «hombres-insecto» seguidos de un hombre y una mujer terrícolas.

La presencia de aquellos semejantes suyos en la «astronave», por lo inesperada, sorprendió y confortó el ánimo del prisionero. La mujer era joven, alta, rubia y de facciones singularmente atractivas.

El hombre tendría alrededor de los 40 años, era de regular estatura y bastante fornido. Llevaba la cabeza descubierta y en ésta se podía apreciar una incipiente calvicie que el hombre trataba de disimular peinando sus cabellos al través.

Los insectos que acompañaban a la pareja de terrícolas se acercaron a curiosear a Rhine. Se trataba de dos monstruos de enorme estatura, negros, desnudos, si esta palabra tenía aceptación entre insectos recubiertos de una coraza ósea natural oscura y reluciente, repulsivamente cubiertos de erizados pelos en las piernas y sus múltiples brazos.

Rhine, que distaba mucho de sentirse tranquilo bajo la taladrante mirada de aquellos bichos, volvió sus ojos en demanda de auxilio hacia el hombre y la mujer que silenciosos permanecían detrás de los monstruos.

Finalmente, uno de los «insectos» se volvió hacia los terrícolas e hizo vibrar las membranas adosadas a su mentón, dejando oír un extraño chirrido.

La muchacha asintió con leve movimiento de cabeza, se acercó a Rhine y le habló en inglés.

-Me llamo Vidya Connor. Los insectos desean hacerle saber que es usted su prisionero, que no tiene la menor probabilidad de escapar de esta cosmonave y que deberá someterse a interrogatorio so pena de ser decapitado si se niega u ofrece resistencia.

Rhine miró estupefacto a la muchacha.

-¿Pero usted puede entender lo que ellos le dicen?

-Sí.

-¿Quiere decir que estos bichos hablan también?

-Usted les ha oído hablar. Su lenguaje son esos chirridos que usted ha escuchado.

-¡Dios bendito! ¿Y a eso le llaman ellos hablar? -exclamó Rhine en el colmo de la sorpresa.

Los ojos de la muchacha se clavaron gravemente en el rostro de Elliott. Eran unos ojos grandes, almendrados y de un azul tan diáfano como el cosmonauta no los había visto jamás.

-¿Cómo se llama? -preguntó la muchacha.

-Rhine.

Ella asintió con leve movimiento de cabeza y agregó:

-Parece que no se da usted cuenta de su verdadera situación, señor Rhine. Cuando me trajeron por primera vez a esta cosmonave, yo me sentía verdaderamente asustada. Enseguida vi que estos seres eran sumamente inteligentes, más inteligentes que cualquiera de nosotros. Y no se me ocurrió burlarme de su peculiar forma de hablar por medio de chirridos.

Rhine se limitó a mirar con asombro a la muchacha sin contestar.

-Venga -dijo Vidya Connor haciendo un imperioso ademán-. Vamos a llevarle a su camarote.

Dócilmente, Elliott siguió a los terrícolas hasta el vehículo en forma de artesa, ante cuyo volante esperaba impertérrito uno de los 10 «insectos».

CAPÍTULO III

El ruido del pestillo al descorrerse despertó a Elliott Rhine de su sueño. Se había echado en una de aquellas extrañas literas de forma circular, especie de estera tensada como el parche de un tambor al bastidor de tubo de acero que ocupaba el centro del camarote. El calor era bochornoso en la cámara, por cuya razón Elliott se había despojado de su ceñido traje de presión, quedando sin más ropa que el pantalón deportivo corto que llevaba bajo el traje.

Al abrirse la puerta del camarote, el hombre que acompañaba a la señorita Connor cuando la recepción de Rhine entró seguido de dos gigantescos insectos armados de fusiles cortos, los cuales se quedaron bloqueando la puerta.

-Creo que no me presenté antes -dijo el hombre-. Mi nombre es Morton Frankel.

-¿Inglés?

-Como la señorita Connor. A los dos nos capturaron al mismo tiempo.

Frankel echó una ojeada al cuenco lleno de aquella bazofia verde que Rhine no había podido comer.

-¿No ha comido nada?

-Tenía más sueño que apetito. De todos modos intenté comer de esa porquería, pero no pude. ¿Qué es?

-Una especie de algas sintéticas fabricadas por ese proceso de las plantas verdes llamado fotosíntesis.

-¡No me digan que ustedes las comen!

-Usted también las comerá cuando el hambre le apriete. Incluso llegará a encontrarlas sustanciosas como nosotros.

-¡Puah!

-Acompáñenos ahora. El Estado Mayor de los «hombres-insecto» desea interrogarle.

Rhine salió escoltado por los guardianes a una especie de sala de estar o «living» en el cual se veía un par de largos divanes, una mesa redonda en el centro, y en un ángulo algo muy parecido a un receptor de televisión.

De este cuarto, a través de una puerta de acero provista de cierres de palanca como las utilizadas en los compartimientos estancos de los submarinos, el grupo salió a un amplio pasadizo cuyo piso era de plancha de acero estampada, de forma que hacía resaltar unos pequeños rombos a los cuales se adhería bien la suela de los zapatos.

A uno y otro lado del pasadizo, los tabiques de acero se elevaban a más de 15 metros de altura, formando tres pisos superpuestos de camarotes unidos por galerías que a su vez se comunicaban por escaleras metálicas y pasarelas que cruzaban el pasadizo sobre las cabezas de los transeúntes.

Como Rhine sabía, una gran parte de la «cosmonave» estaba ocupada por plantas de pisos superpuestos formando millares de celdas o camarotes, cada una de las cuales era ocupada por una familia de «hombres-insecto».

A fin de prevenir una posible avería, fácil por demás en una aeronave que volaba a través del espacio y estaba sometida al choque violento con los aerolitos, cada camarote estaba provisto de una puerta de acero de cierre hermético, en donde los tripulantes quedaban aislados en caso de producirse escape del aire que circulaba a presión a través del laberinto de pasadizos y callejones.

Cuando los cosmonautas terrestres llegaron por primera vez a bordo de esta máquina prodigiosa, hallaron que la mitad de estos camarotes estaba vacía, y la otra mitad ocupada por «hombres-insecto» que dormían aletargados sometidos a bajas temperaturas.

La teoría que formularon los científicos terrestres, en lo que respectaba al sueño de los insectos, era que los tripulantes de la cosmonave, a fin de sobrevivir a las penalidades de un largo viaje de siglos de duración a través del Cosmos, se habían sumido voluntariamente en este letargo en el que apenas consumían oxígeno y alimentos.

La propiedad de estos insectos de sumirse en un largo sueño que podía tener una duración de meses enteros, les facultaba para realizar tal vez prolongados viajes por el espacio cósmico con un gasto mínimo de energías. Los «hombres-insecto», al llegar a la vista de la Tierra, debieron despertar de su letargo para conocer la buena nueva del hallazgo de un oasis cósmico y tal vez activar los preparativos para la conquista de aquel planeta privilegiado por la Naturaleza.

En la «calle» que Rhine recorrió con sus guardianes para llegar a la enorme plaza circular, los «insectos» formaban legión y se movían arriba y abajo por las escaleras y galerías, desde las cuales se detenían para observar con curiosidad al terrícola cautivo.

También se veían hombres-insecto en la anchurosa plaza donde finalmente desembocó el grupo. Algunos vehículos cruzaban esa plaza en dirección a las rampas que comunicaban unos pisos con otros, y los ascensores subían y bajaban en el centro de la plaza, tomando y descargando multitudes de aquellas alucinantes criaturas.

Ésta fue acaso la primera vez que Elliott Rhine cobró conciencia de la potencialidad de aquella raza y del peligro que aquella muchedumbre representaba para la seguridad de la Tierra. En consecuencia, al penetrar con su escolta en una de aquellas cámaras de herméticas puertas, sentía su ánimo deprimido como no lo había sentido siquiera cuando le capturaron en pleno espacio.

La señorita Connor se encontraba en la amplia cámara con un grupo de «hombres-insecto». En una mano tenía una especie de flauta o silbato con

el que jugaba nerviosamente mientras escuchaba los chirridos que profería un gigantesco insecto.

Vidya Connor vestía calzón corto y camisa de corte masculino, calzando ligeras sandalias.

Aunque la ocasión no era de lo más propicia, Rhine hubo de admirar la espléndida figura de la muchacha con aquel sencillo atuendo.

Los insectos se volvieron hacia Rhine al entrar éste seguido de Frankel y los guardianes. Rhine sintió un estremecimiento de frío, pese a ser la atmósfera extremadamente calurosa allí en la cabina.

Vidya Connor hizo una cosa extraña. Se llevó aquella especie de flauta que tenía en las manos a los labios, y con ella dejó escapar una serie de chirridos modulados que imitaban a la perfección los producidos por las membranas vibrátiles de los «hombres-insecto».

Así era pues cómo la señorita Connor «hablaba» con los insectos.

Los dos gigantescos guardianes empujaron a Rhine a través de una angosta puerta estanca hasta una segunda cámara. Ésta era de proporciones mayores que la antecámara, viéndose sus paredes cubiertas de tubos, manojos de cables eléctricos y aparatos y cuadros de control arrimados a ellas.

Un insecto de gran tamaño esperaba al parecer al prisionero. De su cuello colgaba una cinta con una placa dorada en la que figuraba una rara inscripción.

Rhine, que acababa de ver otras de estas placas colgando del cuello de los insectos que estaban en la antecámara, supuso que era un sistema de identificación para cada individuo.

A él, al menos, le habría resultado imposible distinguir un monstruo de otro.

Todos le parecían igualmente feos y repulsivos.

-El doctor le inyectará una droga que le sumirá en sueño hipnótico -dijo la señorita Connor apareciendo al lado de Rhine-. Yo le haré unas preguntas y sus contestaciones serán tomadas por el señor Frankel a máquina.

Rhine vio, en efecto, una pequeña máquina de escribir portátil sobre una mesa a un lado. Frankel tomó una alta silla y la acercó a la mesa sentándose ante la máquina.

El «doctor» avanzó un paso en dirección a Rhine. Éste advirtió entonces la aguja hipodérmica que el monstruo tenía en una de sus manos y retrocedió contra el muro.

-¡Esperen! ¿Qué es lo que esperan saber por mí? -exclamó Rhine.

-«Ellos» quieren saber por qué está usted aquí, quiénes le mandaron y cuáles son los planes de su Gobierno respecto a esta cosmonave.

-Si es eso lo que quieren saber, no es necesario que me inyecten

ninguna de sus inmundas porquerías. ¡Dios mío, no permitiré que me administren ninguna droga a conciencia de que pueden matarme con ella!

-Si «ellos» quisieran matarle, usted no podría impedirlo de todos modos -repuso la joven con sequedad.

Rhine la miró con ojos furiosos.

-¿De modo que colabora usted con ellos? Son tan enemigos míos como suyos, ¿es que no se da cuenta? El propósito de estos demonios no es otro que conquistar la Tierra, y usted y los que como usted colaboran con ellos no hacen sino facilitarles la labor.

-Usted no sabe lo que dice -dijo la señorita Connor. Se volvió hacia los guardianes que habían escoltado a Rhine hasta aquí y les hizo una seña.

Los dos gigantes avanzaron al mismo tiempo sobre Rhine con las manos extendidas.

Elliott recibió a uno de los monstruos con un puñetazo en plena cara, y al otro con una coz que lanzó al «insecto» contra uno de los cuadros de instrumentos.

-¡Rhine, esté usted quieto, no sea loco! -gritó Vidya Connor.

Los dos insectos reaccionaron con extraordinaria violencia arrojándose contra Elliott.

Esta vez Rhine se vio impotente para rechazar a sus hercúleos enemigos. Ocho manos le aferraron a la vez por los brazos, la garganta y las piernas. Rhine fue levantado en vilo y transportado en volandas hasta una mesa alargada en la cual fue echado como un fardo.

Pese a sus rugidos, sus amenazas y sus furiosos puntapiés, Rhine fue amarrado a la mesa por una serie de correas que le maniataron impidiéndole todo movimiento.

El «doctor» se acercó a la mesa esgrimiendo su aguja hipodérmica, y en las negras pupilas del monstruo, Rhine se vio reflejado como en un espejo con toda expresión de terror.

Elliott al fin era un hombre y la noción de su propio ridículo en presencia de una mujer joven y bonita tomó conciencia en él.

Cerró los ojos, cesó en toda inútil resistencia y se dejó inyectar. La aguja pinchó en su carne. Casi instantáneamente sintió que le invadía un pesado sueño, Pensó: «Está bien, ojalá me maten y se acabe esta pesadilla de una vez.»

A continuación quedó dormido y no volvió a saber más de sí mismo hasta que despertó de nuevo entre las frías paredes de su celda.

* * *

Por cuatro veces, en otros tantos días consecutivos, fue Rhine sacado de su celda por los guardianes, conducido hasta el «laboratorio» y sometido a interrogatorio bajo los efectos de las drogas hipnóticas.

Prácticamente, Rhine despertaba de uno de aquellos largos sueños y, todavía con los sentidos embotados, se veía de nuevo ante el «doctor» para ser sumido en otro sueño del que despertaba todavía más aturdido.

Al despertar sentía la boca amarga, y como además los alimentos le repugnaban, llegó al quinto día sin probar bocado en un estado de debilidad extrema.

El quinto día, al despertar de su aletargamiento, tuvo una sorpresa.

No estaba en su solitaria celda de paredes desnudas, sino en una cámara alargada de techo bajo en la cual convivían hasta una docena de terrícolas, cuatro de ellos mujeres, incluida la señorita Connor, y el resto, hasta ocho, hombres de distintas edades y nacionalidades.

Al despertar Rhine, una señora de unos cincuenta años de edad, de cabellos blancos y cierto aire de conmovedora resignación, estaba sentada a su lado en el suelo abanicándose pausadamente con un pedazo de cartón.

La atmósfera era realmente calurosa y Rhine se encontró empapado en sudor.

-Hola, ya ha despertado nuestro nuevo amigo -dijo la mujer dirigiendo a Elliott una sonrisa amable.

Rhine, todavía aturdido bajo los efectos de la droga, se incorporó hasta quedar sentado. Entonces vio que había estado acostado sobre un duro lecho formado de varios sacos apilados en el suelo. Miró a su alrededor sorprendido.

De otras partes de la cámara llegaron varios hombres y un par de muchachas jóvenes que le rodearon mirándole con interés. Las chicas vestían breves calzones deportivos, sin duda confeccionados por ellas mismas empleando la tela blanca y fuerte de los sacos que allí abundaban. Al menos una de ellas era bastante bonita. La otra, sin ser fea, poseía la figura espléndida y un poco exuberante de los países meridionales.

Rhine sabría más tarde que se llamaba María Brazone y era italiana.

La más delgada y esbelta de las chicas fue a inclinarse hacia Rhine, y apoyando las manos en sus desnudas rodillas exclamó con fuerte acento francés:

-¡Vaya! ¿Así que usted es el cosmonauta americano que estuvo a punto de echamos a pique con su torpedo atómico?

No había rencor en el acento de la francesita. Rhine contestó:

-¿Quiénes son ustedes?

La chica contestó con rapidez:

-Yo soy Yvette Duelos. ¿Se llama usted Elliott?

Un respetable caballero que peinaba grises y ondulados cabellos dijo poniendo una mano sobre la mujer anciana que había saludado a Rhine al despertar:

-Creo que lo que el señor Rhine pregunta es si somos compañeros de

cautiverio más bien. Así es, señor. Toda la colonia terrícola de esta cosmonave son las personas que usted ve. Naturalmente, todos somos prisioneros de los «hombres-hormiga». Yo soy James Tomkins. Ésta es mi esposa, y ese muchacho mi hijo Rod.

-¿Norteamericanos?

-Sí.

Rhine miró a la señora Tomkins, la cual le sonreía con bondad maternal. Rhine observó:

-Yo diría que parecen ustedes más bien resignados con su suerte.

-Con la resignación que da el cautiverio sin esperanza de redención, señor -repuso Tomkins-. Llevamos dos años prisioneros aquí.

-¡Dos años!

-Desde que esta cosmonave apareció por primera vez en el cielo de la Tierra.

Rhine volvió sus ojos estupefactos hacia el resto del grupo que rodeaba su yacija.

-¿También ustedes?

-Nosotros también -repuso Yvette Duelos con tristeza-. Yo era casi una niña cuando me capturaron los «hombres-hormiga». ¡Tenía diecisiete años! Y me parece que llevo un siglo encerrada en esta horrible mazmorra.

-Llevan ustedes dos años prisioneros -murmuró Rhine-. ¿Y los insectos no les causaron ningún daño? ¿Por qué les trajeron aquí?

Los prisioneros cruzaron entre sí una mirada.

En este momento se escuchó ruido de cerrojos que eran descorridos desde el lado de afuera de la sólida puerta de acero. La puerta se abrió y la señorita Connor entró llevando en una mano una especie de maletita y una carpeta bajo el brazo.

Detrás de Vidya Connor, un insecto entró en la celda llevando también de la mano un pequeño cajoncito a manera de un receptor de radio de transistores de los accionados por pilas de poca potencia.

Rhine observó cómo de pronto cambiaba la actitud de los prisioneros.

Si el ruido del cerrojo había hecho que todos se volvieran, la entrada del «hombre-insecto» pareció turbarles de tal modo como si en un instante se hubiesen convertido en personas diferentes.

Tanto hombres como mujeres se apartaron rápidamente de Elliott para correr a formar una ordenada fila contra la pared. Hasta la señora Tomkins, moviendo torpemente sus hinchadas piernas, se esforzó por seguir a su esposo y a su hijo que tiraban de ella llevándola casi en vilo contra la pared.

Rhine quedó solo sentado sobre la pila de sacos.

La puerta se cerró a espaldas del insecto con igual ruido de cerrojos que antes al abrirse. Desde el centro de la cámara, el «hombre-insecto» paseó

sus negros y brillantes ojos sobre la fila de asustados terrícolas que estaban contra el mamparo. Luego, los ojos del monstruo se detuvieron en Elliott Rhine.

El insecto hizo vibrar sus membranas dejando oír un suave y casi melodioso chirrido. La señorita Connor dijo a Elliott:

-Rhine, levántese y vaya a colocarse con los demás junto al tabique.

-¿Es ese asqueroso bicho quien lo ordena?

-Se lo ruego, Rhine. Hágalo por mí, como un favor personal.

Los grandes ojos de la muchacha estaban clavados en él con expresión suplicante. Aunque estaba furioso contra ella, acusándola en su fuero interno de colaboracionista con el enemigo, Rhine no pudo resistir el ruego de la joven.

Refunfuñando por lo bajo, se levantó y se dirigió hacia la fila.

Mientras iba hacia allí, sintió que todo le daba vueltas y que sus piernas se negaban a sostenerle. Llegó a tientas hasta el grupo de prisioneros, se apoyó en el tabique y se volvió a mirar a la señorita Connor y al «hombre-insecto» que estaba tras la muchacha.

-Vamos a empezar con nuestra lección de hoy -dijo la señorita Connor.

El «hombre-insecto» cruzó la cámara hasta la única silla que había allí. Se sentó y puso el aparatito de radio sobre sus rodillas. Luego dejó escuchar un suave chirrido.

Todos se volvieron a mirar a la señora Tomkins.

-Vamos, Deborah -dijo el señor Tomkins poniendo en la mano de su esposa uno de aquellos silbatos especiales para producir chirridos-. Contesta al profesor.

-¡Dios mío! ¿Pero me ha hablado a mí? -exclamó la señora Tomkins echándose a temblar.

-El profesor te pregunta si estás dispuesta a repetir la lección que no supiste ayer, mamá -dijo el joven Tomkins, que como su propia madre había palidecido intensamente.

-Ese lenguaje a base de chirridos es demasiado difícil para mí. ¡Dios mío, nunca lo aprenderé! -gimió la mujer compungida.

-Debe intentarlo usted, señora Tomkins -dijo Vidya Connor-. Haga un esfuerzo. Por usted misma, hágalo. Ya sabe cómo son los insectos...

-¡Lo intentaré! ¡Lo intentaré! -dijo la pobre mujer llevándose el silbato a los temblorosos labios.

Torpemente, la señora Tomkins intentó modular algunos chirridos en aquel extraño y poco armonioso instrumento. El «hombre-insecto», inmóvil como una estatua, escuchaba tieso en su silla. De pronto se puso en pie profiriendo estridentes chirridos. Avanzó violento hacia la señora Tomkins.

La mujer apartó el silbato de sus labios y le miró aterrorizada.

Una de las manos del monstruo silbó en el aire y golpeó brutalmente en

la mejilla de la mujer.

La señora Tomkins fue arrojada violentamente contra el mamparo de acero.

-¡Maldito, asqueroso bicho! -rugió el joven Tomkins saltando sobre las espaldas del monstruo, rodeándole con su brazo el cuello.

El joven Tomkins era un muchacho de apenas diecinueve años, pálido, delgado y de constitución débil. El monstruo era casi un metro más alto que él, tenía cuatro manos y una fuerza hercúlea.

Fue cuestión de un segundo para el monstruo echar dos de sus manos atrás, agarrar al muchacho por la cabeza y tirar de él, volteándolo en el aire para estrellarle ruidosamente contra el piso de acero. Rod Tomkins lanzó un grito de dolor llevándose las manos al espinazo.

El señor Tomkins hizo ademán de abalanzarse sobre el insecto. Un hombre de unos cuarenta años, más bien bajo, fornido y muy moreno, detuvo al yanqui impidiéndole llegar hasta el monstruo.

Rhine, indignado, también hizo un movimiento para llegar hasta el insecto. Pero las fuerzas le fallaron, la cabeza empezó a darle vueltas de nuevo y tuvo que buscar apoyo en el tabique renunciando a intervenir.

Sentada en el piso con la espalda contra el mamparo, la señora Tomkins sollozó:

-Soy muy torpe, lo reconozco. Nunca llegaré a aprender ese difícil lenguaje.

De nuevo sonaron los cerrojos. La puerta se abrió y dos insectos armados se precipitaron dentro de la cámara empuñando sus cortos fusiles eléctricos.

El profesor rechinó señalando con uno de sus brazos a la señora Tomkins.

-¡Se la van a llevar! -gritó el señor Tomkins aterrado-. ¡Por el amor de Dios, miss Connor! Interceda por mi mujer. ¡No permita que se la lleven a la celda de castigo!

Mientras los guardianes tomaban a la mujer por los brazos y la ponían en pie, la señorita Connor se llevó su silbato a los labios y extrajo de él algunos chirridos. El profesor contestó con otros coléricos chirridos y la muchacha miró a Tomkins con expresión abatida.

-Lo siento, señor Tomkins -murmuró-. Mi ascendiente sobre estos individuos no es mayor que el suyo o el de cualquier otro del grupo. El profesor insiste en castigar a la señora Tomkins.

Tomkins intentó acercarse a su mujer, pero uno de los insectos le apartó de un vigoroso empujón.

La señora Tomkins fue sacada de la cámara y el profesor salió tras los guardianes. La puerta se cerró de nuevo con formidable ruido de cerrojos y los prisioneros se miraron unos a otros consternados.

CAPÍTULO IV

La voz de la experiencia hablaba por boca de Morton Frankel cuando aseguró a Rhine que acabaría comiendo aquella bazofia de algas repulsivas.

Rhine no volvió a ser interrogado, y a medida que mejoraba su desequilibrado sistema nervioso, sentía más agudos los retortijones del hambre. Probó a comer las algas, y aunque con repulsión al principio las tomó. Con el tiempo, hasta encontró en ellas cierto agradable sabor inesperado en unos vegetales de tan desagradable aspecto.

El mismo día que Rhine comió por primera vez, al cabo casi de una semana, la señorita Connor le entregó un mazo de folios mecanografiados cosidos en forma de libro.

-Le conviene ir estudiando esto, señor Rhine -le dijo la chica.

-¿Qué es esto? ¿Un diccionario?

-Más bien un vocabulario. Frankel y yo hemos compilado en estas notas todo lo que sabemos del lenguaje de los «hombres-hormiga», traduciendo cada palabra a una serie de chirridos largos y cortos, agudos y bajos, que constituyen lo que podemos llamar lenguaje de los insectos.

-Muy interesante, aunque no para mí.

-También para usted, señor Rhine. Tiene que empezar a aprender el idioma de los «hombres-hormiga», no le queda otro remedio. Los insectos no mantienen «animales» si no les rinden ningún producto.

-¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

-No lo tome como ofensa personal. Los insectos nos llaman «animales» a los terrícolas. Para ellos no hay apenas diferencia entre una persona y otro animalillo cualquiera, aunque nos distinguen con la designación de «animales que andan sobre dos piernas».

-Son muy amables los insectos distinguiéndonos de los caballos sólo porque andamos a dos piernas -dijo Rhine sarcástico.

Miss Connor continuó con la gravedad que era característica en ella:

-«Ellos» nos consideran a tal punto inferiores que no desdeñan echar bocado a la pierna de un hombre. Ya sabe, son antropófagos... Desde su punto de vista no les merecemos la menor consideración. Nos tienen aquí, nos alimentan, y en cierto modo se preocupan de nosotros, sólo porque esperan obtener algún beneficio.

-¿Un beneficio, eh?

-Sí. Nosotros somos los lazos de conexión entre su civilización y el mundo al cual esperan conquistar. Nos enseñan su idioma, no para que les conozcamos mejor, sino para por nuestro conducto conocer mejor a los «animales« que se proponen combatir. Nuestro papel se limita al de simples intérpretes. Entre otras tareas tenemos que escuchar las emisiones de radio de la Tierra y traducirlas a su idioma para que ellos sepan lo que el

mundo habla de ellos, si les teme, si nos consideramos potencialmente capaces de rechazarles...

-Ya voy comprendiendo. Y a propósito, ¿sobre qué temas fui interrogado mientras me tenían bajo los efectos de esas drogas hipnóticas?

-Los insectos estaban muy interesados en la aeronave que usted tripulaba cuando nos atacó. Hace dos años, los insectos examinaron el cohete que había servido de vehículo a los cosmonautas rusos que vinieron a explorar esta cosmonave. Temían que la técnica terrestre sobre naves espaciales se hubiese desarrollado mucho desde que hace dos años presintieron la amenaza que para nosotros representaban esta raza de insectos. Luego querían conocer más detalles sobre la potencialidad bélica de los Estados Unidos y del mundo en general. También cuál era la moral de nuestro planeta en los momentos actuales, y la marcha de las operaciones de limpieza que las tropas de las Naciones Unidas vienen desarrollando en las selvas del Amazonas y África Central contra la cabeza de puente que ellos dejaron allí al alejarse hace dos años.

-Supongo que mis respuestas les satisfarían en extremo -apuntó Elliott con acento de reconvención y amargura-. Ignoro cuáles fueron exactamente sus preguntas y la forma en que contesté a ellas, aunque supongo que en mi estado contesté con entera sinceridad. Yo hubiera preferido que me matasen a tener que facilitar ningún informe al enemigo, por muy vago e impreciso que éste fuera. ¡Y usted señorita Connor no debió jamás someterse a las órdenes de los insectos colaborando con ellos para perjudicar al mundo al cual usted pertenece!

-¿Cómo hubiera podido evitarlo? -protestó la joven enrojeciendo.

-¡Dejándose matar si hubiera sido necesario! Usted, y también todos los que se esfuerzan por aprender el idioma de esos repugnantes bichos para comprar sus vidas a cambio de unos servicios vergonzosos.

La voz alterada de Rhine había atraído la atención de todos los prisioneros, los cuales le miraban en silencio.

Dijo la señorita Connor:

-Usted debería disculparnos, Rhine. Ninguno de nosotros está aquí por su voluntad. No somos héroes profesionales como usted, decididos a todo, incluso a perder la vida, por un poco de gloria en beneficio de una patria que nos ignora. Nosotros estimamos nuestras vidas y nos esforzamos por conservarlas.

-¡Por conservarla! -exclamó Rhine exasperado-. ¿Son ustedes imbéciles? ¿Cuánto tiempo esperan vivir después que los insectos hayan conquistado el mundo? ¿O se figuran que ellos les respetarán en consideración a los valiosos servicios que les prestaron?

-Los insectos todavía no han conquistado el mundo. Puede que nunca lo conquisten o tarden años en conquistarlo.

-Claro. Y mientras tanto, ustedes siguen viviendo.

-Sí, ¿qué remedio?

-¿Qué remedio? -chilló Elliott exasperado-. Estoy cansado de oír esa estúpida palabra desde que llegué aquí, con ella se escudan ustedes eludiendo toda responsabilidad. ¿Quiere saber cuál era el remedio a sus desdichas?

-Una muerte rápida en el matadero que surte las mesas de los graves jefes de esta cosmonave, ¿no es eso?

-Sí, eso mismo. Y le voy a decir una cosa. En lo que a mí respecta, esos insectos repugnantes no van a comprar mi colaboración por un puñado de algas asquerosas y una remota esperanza de vivir unos meses o un par de años más. ¡No colaboraré con ellos!

Elliott arrojó el mazo de folios mecanografiados con violencia a gran distancia contra el mamparo de acero.

-Señor Rhine -dijo la señorita Connor con gravedad-. Vuelva a recoger ese diccionario.

-¡No, no lo haré!

-No conoce usted a los «hombres-insecto».

-Sé de ellos lo bastante para asegurarle que podrán contar con mi colaboración.

-Si se niega a estudiar su idioma le matarán.

-Está bien, que me maten. ¡No me importa! -gritó Elliott.

Vidya Connor le contempló enojada unos instantes. Después se encogió de hombros, le volvió la espalda y fue a recoger el libro.

Así terminó la discusión, pero a partir de aquel instante Rhine percibió la atmósfera de hostilidad que le rodeaba. Él, por su parte, ni buscó la compañía ni la conversación de sus compañeros de cautiverio.

Creía que les estaba enseñando una lección de valor y debía mantenerse orgullosamente apartado de ellos.

Lo que aquel día supo de los prisioneros lo supo escuchando lo que hablaban entre ellos. La cámara, un antiguo pañol a lo que parecía, no era demasiado grande y obligaba a los cautivos a permanecer juntos todo el tiempo.

El joven Tomkins, al parecer, había quedado lesionado a consecuencia del golpe que el «hombre-insecto» le propinó contra el piso. Se quejaba de fuertes dolores a la espalda.

Entre los prisioneros había un médico, el doctor Nicolaih Kazin, de nacionalidad rusa. Kazin fue a reconocer al joven Tomkins, le tranquilizó con una palmadita en el hombro, y más tarde se llevó a la señorita Connor al rincón donde el solitario Rhine se arreglaba su cama disponiendo un lecho de sacos.

Kazin hablaba perfectamente el inglés y Elliott tuvo que escuchar su

conversación con la señorita Connor.

-No conviene que el propio Tomkins lo sepa, pero creo que tiene una lesión en la columna vertebral.

-¿Grave? -preguntó Vidya.

-Esas lesiones siempre acaban siendo graves a la larga si no se las atiende a tiempo. Naturalmente, para confirmar mi diagnóstico haría falta tomarle una radiografía, pero dudo que los insectos se ofrecieran a permitirnos utilizar sus aparatos de Rayos X.

-¿Qué podemos hacer? -gimió la señorita Connor retorciéndose las manos.

-A falta de Rayos X, podríamos inmovilizar al muchacho enyesándole el tronco.

-¿Pero se da usted cuenta? Los insectos no soportan a personas enfermas o heridas. Si confesamos que Rod está enfermo, entonces probablemente le matarán.

-Sí, ya había pensado en ello -murmuró el doctor-. Sin embargo hay que hacer algo. El muchacho no puede continuar así. Ni siquiera podrá tenerse en pie mañana cuando vengan a tomarnos la lección.

-¿Y no hay posibilidad de que usted se haya equivocado? ¿No puede tener Rob un simple magullamiento que se desvanecerá por sí solo con varias horas de descanso?

El doctor levantó sus fuertes hombros. Era un hombre de unos 40 años, alto, moreno y de facciones agradables.

-No es por vanidad profesional, señorita Connor, pero dudo mucho que yo esté equivocado. Si a usted le parece podemos esperar a mañana.

-Sí, sí, esperaremos a mañana -dijo miss Connor apresuradamente, casi con religiosa fe.

Poco después, los insectos fueron a buscar a la señorita Connor, llevándose también a la señorita Brazone y a dos jóvenes llamados Swedis y Lundigan respectivamente, canadiense el primero de ellos, australiano el segundo.

Según Rhine no tardaría en saber, constantemente estaban sacando a los prisioneros de la celda para llevarlos a escuchar las emisiones de radio de las más potentes emisoras de la Tierra.

-A veces también captamos emisiones de televisión -dijo la alegre Yvette Duelos suspirando, al hablar de esto con Elliott-. El mundo parece que no ha cambiado desde que estoy prisionera aquí, pero a mí me da la impresión que llevo dos siglos y hay una enorme distancia entre mi vida anterior y este sombrío presente.

-¿Cómo la capturaron?

-Era de noche y volvía del teatro con un amigo. Íbamos en coche y al llegar a cierta curva encontramos el camino interceptado por un camión que

estaba cruzado en mitad de la carretera. El obstáculo nos pilló desprevenidos. Rodábamos a gran velocidad y nos estrellamos contra aquel árbol. Nunca he sabido si mi compañero resultó muerto o solamente estaba herido. La violencia del choque me lanzó fuera del auto. Cuando me incorporaba me encontré de sopetón ante un par de seres monstruosos...

-¿Los «hombres-insecto»?

-Sí, exactamente. Creo que solté un grito terrible. Luego me desmayé. Cuando volví en mí me encontraba a bordo de una aeronave extraña. De nuevo aquellos monstruos estaban ante mí. De nuevo grité y me desmayé. Así varias veces hasta que finalmente pude soportar la vista de aquellos horribles seres sin desmayarme.

-¿Y a los demás cómo los capturaron?

-Con ligeras diferencias, de forma parecida a todos. Los Tomkins practicaban el camping en el desierto de Arizona. A María Brazone la secuestraron al apearse de un autobús después de anochecido, cuando volvía del trabajo a su casa, en uno de los barrios pobres de la periferia de Roma. A José Canales, el argentino, lo secuestraron en plena Pampa cuando cuidaba su rebaño de ovejas.

-¿Y a la señorita Connor, cómo la capturaron?

-¡Ah, Vidya! La secuestraron al mismo tiempo que a Frankel. Los dos se encontraban en una quinta que Frankel posee junto al mar. Morton Frankel es escritor de guiones cinematográficos. Vidya trabajaba con él como secretaria. Los «hombres-insecto» desembarcaron en la playa al pie del acantilado donde estaba la casa de Frankel, rodearon la quinta sigilosamente y se lanzaron al asalto de ésta mientras Vidya y Frankel cenaban en la terraza. Frankel está viviendo una terrible experiencia de la que se propone escribir una gran novela... si alguna vez tiene ocasión de hacerlo.

-Él al menos no escatima esfuerzos para sobrevivir a su gran aventura, ¿no es eso? Sin embargo, Frankel descuida un detalle importante. Es posible que cuando él termine de escribir su novela no haya en la Tierra lectores para su obra.

-¿Usted cree en el exterminio total del género humano a manos de los «hombres-insecto»? -interrogó la chica temblando.

-La Tierra se enfrenta con el peor momento de su historia. Usted no ignora que hace dos años, antes de alejarse en su cosmonave, los insectos transportaron millares de huevos a lo más intrincado de las selvas de América y el África Ecuatorial. Podemos formarnos una idea de la suerte que el futuro nos depara, recordando que de esos millares de huevos nacieron otros tantos millares de «hombres-insecto» que, reproduciéndose a su vez, han dado origen a una legión de demonios que todavía no hemos podido exterminar. Esa raza de insectos posee una vitalidad extraordinaria,

así como ciertas cualidades para reproducirse comparables a las de las moscas y mosquitos. Si cesáramos un solo momento en la lucha contra ellos, esos insectos se reproducirían en cantidades tan gigantescas que acabarían por exterminarnos incluso sin necesidad de armas, sólo a bocados y pescozones.

-¡Dios mío, sería horrible que tal cosa llegara a suceder!

-Y puede suceder, señorita Duelos -afirmó Rhine-. Los insectos saben que tienen una buena cabeza de puente en sus contingentes que nacieron de aquellos huevos depositados hace dos años en nuestras selvas. África es un continente enorme, apenas explorado, apenas sin carreteras, ni ferrocarriles ni otras vías de comunicación. Y otro tanto ocurre en América en la región del Amazonas, donde los insectos se desarrollaron tan bien que probablemente animará a nuestros enemigos a llevar más huevos, para que en su día se transformen en insectos que nos creen nuevas complicaciones. Luego, los insectos poseen otros medios para activar la invasión de nuestro planeta. Desde esta misma cosmonave, sirviéndose de ella como plataforma artillera, pueden bombardear nuestras ciudades y destrozar nuestras industrias, casi en completa impunidad. Por eso la colaboración que ustedes les han prestado es tan importante para ellos. Gracias a ustedes, los insectos saben ahora dónde están nuestros centros fabriles, conocen nuestros puntos débiles y la mejor forma de aprovecharse de todo ello.

-¿Quiere decir que si el mundo sucumbe, será única y exclusivamente por culpa nuestra? -preguntó la señorita Duelos asustada.

El espanto de las pupilas de la francesita llamó a compasión a Rhine, el cual murmuró:

-No, claro que no. Aun sin ustedes, habría sido cuestión de tiempo que ellos averiguaran por sí mismos lo que tanto les interesaba saber. Y de no haber sido ustedes, otros hombres y mujeres habrían sido capturados y, bajo el terror, obligados a colaborar con ellos. Eso es lo malo de nuestra raza humana, y tal vez los insectos nos lleven ventaja en este aspecto. Nosotros sentimos demasiado apego a la vida.

-Y ellos, ¿cree usted que no sienten igual?

-No lo sé. ¿Cómo podemos saberlo?

La conversación entre Yvette Duelos y Elliott Rhine quedó interrumpida con la entrada de un par de insectos armados que venían a reclamar la presencia de la muchacha en la cámara de comunicaciones por radio.

-Lo siento -dijo Ivette al despedirse de Rhine-. La emisión de Radio París va a comenzar. Debo escuchar y escribir un resumen de las principales noticias. Hasta más tarde.

Rhine se echó sobre los sacos para dormir.

El ruido de la puerta despertó a Rhine dos horas más tarde. Era Yvette

Duelos que regresaba. Traía consigo un mazo de cuartillas cubiertas de signos de taquigrafía, los cuales debía traducir a la complicada escritura de los «hombres-insecto».

-Buenas noticias -dijo Yvette agitando las cuartillas apenas la puerta se hubo cerrado.

-¿Para quién son buenas? -preguntó Rhine.

-Para nosotros, naturalmente. Las tropas francesas capturaron en el Congo a todo el Estado Mayor de los «hombres-insecto» que dirigía las operaciones de los «comandos-insectos» en aquella zona.

-¿Es posible eso?

-Sí. Y esto contesta a su pregunta de antes sobre si los insectos temían también a la muerte. Hasta ahora, nuestras tropas han estado luchando en Sudamérica y África Central contra insectos jóvenes sin instrucción, como si dijéramos «insectos-salvajes», los cuales al salir del huevo tuvieron que valerse por sí mismos guiándose de sus instintos animales para procurarse cobijo y alimentos. Los insectos capturados por nuestras tropas pertenecen a una clase distinta. Son «hombres-hormiga» adultos, de treinta o cuarenta años de edad algunos de ellos, instruidos y dotados de buen material de guerra y transmisores de radio que han debido utilizar para mantenerse en contacto directo con el Estado Mayor de la cosmonave. Esos insectos se rindieron a los soldados franceses al verse cercados, cogidos por sorpresa y sin posibilidad de escapar.

El hecho, que fue ampliamente comentado por los prisioneros terrícolas, no tenía precedentes en los largos meses de lucha que los soldados de las Naciones Unidas libraban contra la invasión de insectos en las selvas de Birmania, Sudamérica y África Ecuatorial.

Mas si era nuevo que los insectos se rindieran a los soldados terrícolas, no tenía nada de sorprendente la presencia de aquel Estado Mayor en África.

Los estados mayores terrícolas sospechaban de tiempo atrás la existencia de un cerebro organizador dirigiendo la actividad terrorista de los insectos contra las granjas de los colonos y las aldeas de los negros en África Ecuatorial. Las bandas que Yvette Duelos calificaba de «salvajes» no eran tan salvajes en realidad.

Ciertamente, atacaban, mataban, devoraban, incendiaban y saqueaban con furia salvaje, pero al menos entre ellos se notaba la existencia de cierta disciplina u obediencia a un mando organizador. Este mando era quien les organizaba en bandas, dirigía los ataques y ordenaba las retiradas.

Las emboscadas de los «hombres-insecto» en las que las tropas de la ONU cayeron una y otra vez, llegaron a hacerse famosas y no parecían ni mucho menos ideadas por niños.

Y los insectos que pululaban en las selvas amazónicas y africanas eran

niños de uno o dos años de edad si se les comparaba en edad, en talla y conocimientos a los grandes y vigorosos «hombres-hormiga» que tripulaban la «cosmonave» o «nave del espacio». Alguien enseñaba a estos insectos «niños» a combatir, incluso utilizando las mismas armas que arrebataban a los soldados y los colonos muertos en emboscadas y asaltos.

La captura de un Estado Mayor venía a aclarar un misterio y hacía más aterradora la realidad. Las hordas salvajes de «hombres-insectos» que nacieron de millares de huevos en las selvas de la Tierra no estaban solas.

CAPÍTULO V

Aunque el término «día» carecía de significado a bordo de la «nave del espacio», donde los focos eléctricos brillaban constantemente, los terrícolas seguían considerando «día» al espacio de 24 horas medido en los relojes que algunos de ellos conservaban.

Al día siguiente el estado del joven Tomkins era visiblemente peor que el día anterior. Sin embargo, sus amigos temían todavía declarar su estado a los «hombres-insecto».

Faltando unos minutos para la hora en que puntualmente llegaba el «profesor», Tomkins y sus amigos persuadieron al muchacho para que hiciera un esfuerzo y se incorporara contra la pared. El intento resultó tan doloroso para el joven Tomkins que su padre, desesperado, gritó:

-¡Está bien, se lo diremos al «profesor» y sea lo que Dios quiera!

La señorita Connor era del parecer que el muchacho hiciera un nuevo esfuerzo para tenerse en pie. Todavía estaban discutiendo cuando sonó el cerrojo de la puerta y entró el «profesor» con su inseparable aparatito de radio en la mano.

Todos fueron a colocarse de pie contra el mamparo, excepto el señor Tomkins que continuó junto al lecho donde estaba acostado su hijo.

El «hombre-insecto» se dirigió a Tomkins interpelándole. Tomkins contestó utilizando su instrumento especial para producir chirridos. La señorita Connor medió. El insecto hizo un ademán negativo y lanzó algunos chirridos a través de su aparatito de radio.

La puerta se abrió y entraron dos insectos armados de fusiles eléctricos. Tomkins sudaba copiosamente mientras luchaba con el difícil idioma de los insectos y su instrumento para expresar su temor y preocupación. A Elliott le pareció más bien que el «profesor» ni siquiera le escuchaba.

El joven Tomkins se echó a llorar mientras lo sacaban de la cámara entre los dos guardianes. No era sino un niño después de todo.

La puerta se cerró tras el herido y el «profesor-insecto» dejó oír sus desapacibles chirridos llamando a los prisioneros al orden. Luego señaló a Rhine soltando nuevos chirridos irritados.

De nuevo la señorita Connor intervino.

El «profesor» pareció admitir la explicación de Vidya Connor y la lección diaria continuó.

El «hombre-insecto» se dirigió sucesivamente a todos los prisioneros interpelándoles en su idioma. Los terrícolas tenían que contestar a sus preguntas produciendo chirridos con sus reclamos especiales.

Cuando la clase terminó y el insecto salió de la cámara, Rhine se dirigió a la señorita Connor para preguntarle:

-¿Qué fue lo que el «hombre-insecto» le dijo de mí?

-Me preguntó si había empezado usted a estudiar el idioma de los insectos.

-¿Y usted qué le contestó?

-Que estaba usted todavía bajo los efectos de las drogas que le administraron, que le resultaba muy difícil coordinar sus ideas y que empezaría a estudiar hoy mismo.

-¿Por qué le mintió? ¡Le dije que no pensaba estudiar!

-No podía decirle eso al profesor. Y todavía me anima la esperanza de que reflexione usted y se ponga a estudiar el idioma. ¿Qué sale perdiendo con estudiar?

-¿Y qué gano aprendiendo?

-En primer lugar, que le dejen vivir un tiempo más.

-¿Para qué? Antes prefiero que me maten.

-Puesto que tanto se empeña usted, no dudo que acabe saliéndose con la suya -repuso la joven encogiéndose de hombros. Y se alejó.

Poco después de esto llegaron los guardianes con la comida, un caldero lleno de aquellas algas nauseabundas de desagradable aspecto.

Mientras dos de los insectos metían el caldero en la cámara, otros dos vigilaban desde la parte de afuera de la puerta con sus fusiles preparados para disparar.

Elliott hubo de admitir con desconsuelo que no existía una remota posibilidad para una evasión.

Cuando los insectos se hubieron retirado, los prisioneros sacaron sus platos de aluminio formando cola ante el caldero. José Canales, el ganadero argentino, repartió las raciones.

Vidya Connor se acercó con su plato a Rhine.

-¿Es que no piensa usted tomar su ración?

-¿De esa porquería? No. No podría comerla.

-¿No tiene hambre?

-¡Mucha!

-Pues pruebe a comer las algas. Es nuestra única comida diaria. No habrá otra ración hasta mañana.

Elliott, que se sentía realmente hambriento, se hizo el ánimo. Le dieron un plato y se acercó con él al caldero. Se lo llenaron de algas. Las probó cerrando los ojos, engulló conteniendo el aliento y así comió la mitad. No pudo seguir con el resto. Ésta fue la primera vez que comió las algas.

Después de un descanso de una hora tras la comida, la señorita Connor y otros prisioneros salieron como de costumbre para escuchar ante los receptores de radio sintonizados con las potentes emisoras de la Tierra. Quedaron solos, aparte de Rhine, Thomas Swedis y el preocupado Tomkins.

Dos horas tardaron en regresar María Brazone y Nicolaih Kazin.

Luego fueron regresando los demás, faltando solamente la señorita Connor. Mister Tomkins echaba a cada momento impacientes miradas de su reloj de pulsera a la puerta.

Los prisioneros sabían o presentían algo. Rhine advirtió su expresión taciturna. Nadie tenía ganas de hablar, y cuando lo hacían era en voz baja, cuchicheando.

Después de larga espera, Vidya Connor entró en la cámara. El señor Tomkins salió precipitadamente a su encuentro.

-¿Qué sabe de Rod? ¿Le atendieron los insectos? ¿Qué hicieron con él?

Vidya miró a su alrededor como buscando fortaleza en las caras de sus amigos. Aspiró el aire y habló penosamente:

-Lo siento, señor Tomkins. Usted ya conoce la forma de proceder de los insectos...

-¡Gran Dios! ¿No querrá usted decir que le han matado, verdad?

La señorita Connor miró al suelo sin contestar.

Tomkins lanzó un grito terrible. Se fue contra el mamparo, se dio un golpe fortísimo contra él y empezó a descargar furiosos puñetazos contra el tabique mientras sollozaba, amenazaba y maldecía.

De pronto enmudeció, se volvió hacia la señorita Connor y la miró ceñudo, como si se tratase de un odiado enemigo.

-¿Y mi esposa? -preguntó. Gritó-: ¿Qué han hecho con mi mujer?

Vidya no contestó. El resto del grupo guardaba apenado silencio.

Tomkins cruzó a grandes zancadas la distancia que le separaba de la señorita Connor, asió a ésta por un brazo y la zarandeó brutalmente chillando:

-¡Conteste, maldita! ¡Usted lo sabe! ¿Qué ha sido de mi mujer?

Tomkins estaba zarandeando a la chica de forma brutal y Rhine saltó adelante cogiendo al hombre por un hombro para apartarlo de la muchacha. Tomkins parecía realmente loco y golpeó con su puño cerrado en el rostro de Vidya.

-¡Mi mujer! ¡Quiero saber si han asesinado también a mi mujer!

Rhine lanzó un directo contra el mentón de Tomkins cuando la señorita Connor caía al suelo de rodillas sollozando. Un hililllo de sangre manó de los labios de la chica hacia su mentón. Tomkins, lanzado al suelo por el puñetazo de Rhine, iba a incorporarse cuando Vidya gritó:

-¡Sí, a ella también la mataron! ¡La decapitaron ayer apenas la sacaron de aquí!

Estalló en un violento sollozo. Luego miró a Tomkins, que había quedado como idiotizado con la boca abierta y los ojos de par en par.

-Lo siento -murmuró-. No hubiera querido decírselo. Ya era suficiente golpe para usted saber lo de Rod.

-Los dos -dijo Tomkins-. ¡Mataron a los dos!

Se arrojó de bruces al suelo, golpeó las planchas con los puños. Luego con la cabeza produciendo sordos y estremecedores ruidos.

Kazin, Canales y Lundigan corrieron a sujetarlo para impedir que se abriera la cabeza contra el piso. Tomkins bramaba como un poseído y sus amigos se vieron obligados a emplear todas sus fuerzas para dominarlo. Tras larga y violenta lucha, Tomkins fue derrotado. Agotado, con los nervios destrozados, dejó de ofrecer resistencia y se echó a llorar.

Elliott Rhine ayudó a la señorita Connor a incorporarse.

-Gracias -murmuró la chica. Y se alejó sollozando hacia el rincón donde tenía su lecho de sacos.

Una hora más tarde, cuando todos parecían más calmados, Rhine se acercó a la señorita Connor, que se había puesto a repasar unas notas sentada sobre los sacos.

-¿Tiene todavía ahí ese diccionario?

-¿Se refiere al vocabulario de los «hombres-insecto»?

-Sí.

Ella se lo tendió sin comentario.

Rhine volvió a su lecho, tomó asiento sobre sus piernas y se puso a estudiar. Después de todo, no era muy seductora la perspectiva de ser decapitado como castigo a una falta de aplicación.

* * *

La orden vino inesperadamente el día que se cumplían para Rhine las dos semanas justas de cautividad. Miss Vidya Connor vino con la noticia:

-Nos trasladan de aposento. Los insectos han levantado un pabellón especial arriba en el parque, de modo que podamos estar siempre cerca de los receptores de radio y televisión sin necesidad de que tengan que escoltarnos a cada entrada y salida.

Todos los prisioneros se alegraron.

En un ascensor, a través de los sucesivos pisos con sombrío aspecto de prisiones, los terrícolas fueron conducidos hasta el último piso superior, donde terminaba la «ciudad» y la vista podía tenderse a una milla alrededor sin divisar las paredes de la cosmonave.

Aquí, la grandiosidad de aquella construcción metálica alcanzaba su máximo exponente para causar la admiración del visitante que allí llegaba por primera vez.

La «nave del espacio» de los insectos era una gigantesca esfera hueca de tres kilómetros de diámetro dividida en dos hemisferios por una gruesa plataforma que, al prolongarse fuera de la esfera, formaba alrededor de la línea del ecuador de la misma un alero o anillo. Esta plataforma creaba un campo magnético de fuerza en sus dos caras, ejerciendo sobre personas y cosas una fuerza de atracción de signo parecido al que la Tierra ejercía

sobre todas las cosas que se encontraban en su superficie.

A ambos lados de esta plataforma, los dos hemisferios de la cosmonave estaban distribuidos de forma idéntica, sólo que opuestos el uno respecto al otro.

A partir de la plataforma y a cada lado de ésta, unos 40 pisos ocupaban unos sobre otros, unidos por escaleras, rampas y ascensores, los primeros 500 metros de espacio. De estos 500 metros hacia arriba, todo el espacio que quedaba entre el último piso y la cúpula que formaba el casco de la cosmonave, estaba exclusivamente dedicado a «zona verde». De uno a otro extremo, el parque tenía alrededor de 2.500 metros de anchura en cualquier dirección. Y hacia arriba, la vista se alzaba sin encontrar obstáculos hasta la cúpula de acero, a mil metros de altura.

Tomando como línea de ecuador el anillo medio que dividía la esfera en dos hemisferios, los parques eran dos y ocupaban lo que pudiera llamarse Polo Norte y Polo Sur. Una exuberante vegetación prosperaba en un ambiente húmedo y cálido como de invernadero. Los árboles exóticos se alzaban a considerable altura y gran variedad de plantas y de flores se apretaban cubriendo el suelo de grava.

Cada parque tenía sus fuentes propias, sus monumentos y sus avenidas con hileras de bancos para el descanso de la tripulación que allí acudía de vez en cuando en busca de esparcimiento.

Los parques, sin embargo, cumplían otra misión distinta de la pura ornamentación. Estas «zonas verdes» constituían los pulmones de la gigantesca cosmonave. El aire viciado que llegaba aquí a través de los conductos de acondicionamiento, se purificaban al contacto con el oxígeno producido por las plantas.

De los dos parques partían las tomas de aire que, forzado por poderosos ventiladores, era conducido por tuberías a los pisos inferiores y hasta el interior de los camarotes.

Los «hombres-insecto» habían resuelto así de una manera sencilla e ingeniosa el problema de la regeneración del aire que era uno de los de más difícil solución para las naves espaciales.

El pabellón destinado a los prisioneros terrícolas se hallaba en lo más intrincado de uno de estos dos parques, al final de un camino enarenado recientemente abierto a través de los árboles. Constaba de un departamento bastante espacioso donde estaban los receptores de radio y televisión, más dos cámaras más pequeñas con sus correspondientes lavabos, una destinada a las mujeres, y otro exclusivamente para los hombres.

Las dos últimas cámaras se comunicaban entre sí y ambas a su vez comunicaban con el departamento de transmisiones por una puerta que tenía un grueso cristal a prueba de bala.

En su nuevo alojamiento los prisioneros dispusieron por primera vez de

literas, refinamiento tan inesperado que hizo pensar a los terrícolas si sería posible que los «hombres-insecto» se hubiesen humanizado al extremo de tener para ellos consideraciones de verdaderas personas.

El trabajo de los prisioneros continuó en la nueva cabina de radio. Constantemente, durante las 24 horas del día, había un terrícola u otro en el estudio sentado ante la radio o las pantallas de televisión, escuchando y anotando las noticias de las emisoras terrestres.

Nunca los prisioneros llegaron a estar un minuto a solas con los receptores de radio. Siempre estaban allí los «hombres-insecto»; unos técnicos en radio o televisión, otros simples oficiales cuyo trabajo consistía en vigilar a los prisioneros.

Cada día se repetían las clases de idioma, y cada día profundizaba Rhine un poco más en el intrincado mecanismo del idioma de los insectos.

Un día, inesperadamente, la señorita Connor vino con una noticia.

-Los «hombres-insecto» me han ordenado que intente comunicar con la emisora de radio de la sede de las Naciones Unidas en Nueva York.

-¡Con las Naciones Unidas! -exclamó Rhine-. ¿Para qué?

-Los insectos quieren enviar una comisión a Nueva York para tratar con las Naciones Unidas.

-¡Vaya, eso es una sorpresa! ¿En qué términos se proponen tratar los insectos con nosotros?

-Los insectos desean llegar a un acuerdo con las Naciones Unidas para ocupar pacíficamente determinada región del África Ecuatorial cuyas características y climatología se adaptan mejor a su naturaleza. Los insectos han realizado un viaje de siglos a través del Cosmos hasta encontrar este planeta. La Tierra es para ellos un Edén del cual no pueden prescindir. Si pueden, quieren establecerse en nuestro planeta pacíficamente. Si les negamos el territorio que les es vital, les obligaremos a tomarlo por la fuerza. Eso significaría la guerra, la guerra que tanto ellos como nosotros deseamos evitar.

-¡Pero eso es absurdo! -protestó Rhine-. ¿Cómo vamos a ceder ante un ultimátum de esa naturaleza? ¿Qué sacaríamos ganando?

-En primer lugar ganaríamos tiempo -dijo Vidya-. Tiempo para hacernos fuertes, para conocer mejor a los insectos y desarrollar nuevas armas que nos dieran sobre ellos una superioridad aplastante.

-No. Las Naciones Unidas jamás aceptarán un tratado de tal forma impuesto por los insectos. Esa amenaza de invadirnos por la fuerza, si no accedemos de buen grado a permitirles la entrada en la Tierra, tiene todas las apariencias de una fanfarronada. Si los insectos pudieran invadirnos por la fuerza no solicitarían nuestro permiso para proceder pacíficamente a esa invasión. Al menos, así es como las Naciones Unidas interpretarán el deseo de negociar de los «hombres-insecto».

Se suscitó a este propósito una discusión en la que tomaron parte todos los prisioneros. Frankel, que siempre estaba al lado de Vidya Connor en cualquier tema de discusión, era de la opinión de la muchacha de que las Naciones Unidas debieran aprovechar la tregua ofrecida por los insectos y esperar hasta más ver.

El doctor Kazin, como Rhine, opinaba que la propuesta de negociar de los insectos era un signo de su debilidad. Debilidad que las naciones de la Tierra debían aprovechar para destruir a su enemigo sin darle tregua ni cuartel.

Swedis y Lundigan, por su parte, no creían a los insectos capaces ni dotados de suficientes medios para invadir la Tierra. Pero en cambio admitían la privilegiada posición de los insectos para causar a la Tierra daños que difícilmente se podrían soportar. Desde su cosmonave y utilizando las aeronaves de que estaba dotada su máquina, los insectos podían someter a las ciudades terrícolas a un bombardeo atómico continuado, durante un largo compás de espera en que procurarían llevar más huevos fecundados al Amazonas y África Ecuatorial para proceder a una forma de invasión lenta pero segura.

-Quizá nos conviniera una tregua -concluyó diciendo Lundigan.

-¿Para qué una tregua? -protestó Rhine-. Los insectos no cumplirán ninguna de sus promesas. Lo único que esperan es que les dejemos consolidar su cabeza de puente. Mientras sigan en su cosmonave no podrán fabricar más bombas atómicas, ni fabricar más aeronaves ligeras, ni probablemente aumentar el número de su población. Por otra parte, mientras estén en esta cosmonave, nos será más fácil vigilarles y combatirles. La cosmonave no es indestructible. Otros pilotos americanos, rusos, franceses y alemanes probarán a repetir el intento en que yo fracasé. Alguno, finalmente, logrará colocar una bomba atómica en el blanco y... ¡adiós! Ahí habrá acabado la amenaza de los «hombres-insecto». A los que queden en las selvas de África y América los exterminaremos poco a poco.

-¡Los exterminaremos! -exclamó José Canales con amargura-. Nosotros no veremos ese final. Cuando una bomba atómica acierte a la cosmonave, todos nosotros correremos la misma suerte que los «hombres-insecto».

Esto era obvio. Cualquiera que fuese el final de la lucha, los prisioneros de los «hombres-insecto» serían las víctimas seguras igual en la victoria que en la derrota.

Las conversaciones entre los insectos y las Naciones Unidas comenzaron al día siguiente. En su primera fase, todo se limitó a un simple contacto por radio entre la cosmonave y la sede de la ONU en Nueva York.

En el segundo contacto, Morton Frankel leyó ante el micrófono el contenido de la petición de los «hombres-insecto» para celebrar conversaciones con los representantes de las Naciones Unidas.

La respuesta de las Naciones Unidas tardó dos días, pronunciándose al final en sentido afirmativo. Los insectos podían bajar a negociar.

Frankel, al dar esta noticia a sus compañeros, agregó volviéndose hacia Elliott:

-Por cierto, hoy hemos hablado también de usted.

-¿De mí?

-Las Naciones Unidas estudian ahora una proposición de los «hombres-insecto», en el sentido de canjearle a usted por uno de los altos jefes que el ejército francés capturó hace unos días en África.

-¿Es posible? -exclamó Rhine-. ¡Dios mío, eso es estupendo! ¿Y ha salido de los mismos insectos esa propuesta de canje?

-Sí. Y si las Naciones Unidas no tuvieran demasiado interés en retener esos prisioneros, ésta sería una buena ocasión para canjear a unos cuantos de nosotros por un número igual de ellos.

-¿Unos cuantos? ¿Y por qué no todos? -preguntó Elliott.

-¡Oh, no! -Frankel hizo un ademán negativo-. Los «hombres-insecto» nunca accederán a canjeamos a todos. Unos cuantos de ellos se aplican en el estudio del inglés escrito, aunque jamás podrán hablarlo. Los insectos carecen de cuerdas vocales, por cuya causa nunca podrán prescindir de nosotros como intérpretes en sus futuras relaciones diplomáticas con el género humano. Al menos tres o cuatro de nosotros tendremos que quedarnos, aunque accedan a canjear a los demás.

Los prisioneros se miraron unos a otros como preguntándose cuáles de ellos serían señalados por la desgracia para seguir en cautividad

Luego todas las miradas convergieron sobre Frankel y la señorita Connor. Éstos eran los más aventajados alumnos en el estudio del idioma de los insectos, y por lo tanto los más indicados para quedarse mientras los demás recobraban su libertad.

De hecho, fue una condena de una mayoría que los propios interesados aceptaron conscientes de su propio infortunio.

En cierto modo también, éste era su castigo a su exceso de interés por aprender el idioma de sus verdugos. El castigo, pensó Rhine, era quizá excesivo, pero justo.

Una nueva ilusión acababa de nacer en el pecho de los cautivos, especialmente en Elliott, que era quien contaba con mayores probabilidades de ser canjeado por los prisioneros de las Naciones Unidas. Todos esperaron con ansiedad la sesión de radio del día siguiente, la cual efectivamente resultó ser definitiva.

Aquel día, al entrar en la cámara, Vidya Connor miró serenamente a Elliott y le dijo:

-Lo suyo está arreglado. Van a canjearle por el jefe del estado mayor insectil. He transmitido la lista del resto de nosotros por si las Naciones

Unidas estiman que merece la pena que alguno más sea canjeado al mismo tiempo.

Había ironía en el acento de la joven. Rhine notó en el resto del grupo cierto mal disimulado resentimiento contra él. Sus compañeros de cautiverio, evidentemente, estimaban excesivos sus méritos para merecer ser distinguido al extremo que lo estaba siendo.

Hubo otra espera de dos días mientras entre insectos y terrícolas se fijaban definitivamente los detalles para la entrevista. Paralelamente, se seguían discutiendo las condiciones del canje, hasta que finalmente se acordó la libertad de siete prisioneros a cambio de otros tantos oficiales del comando insectil capturado por las tropas de la ONU.

La prolongación de las discusiones tuvo como motivo la negativa de los insectos a canjear todos sus prisioneros terrícolas.

-Mañana saldremos todos hacia la Tierra -anunció Frankel a sus angustiados compañeros de cautiverio.

-¡Todos! -exclamó Yvette Duelos-. ¿Quiere eso decir que vamos a ser libertados «todos»?

-Excepto la señorita Connor y yo -repuso Frankel. Señaló al doctor Kazin-. Y usted. Los insectos no pueden prescindir de su intérprete ruso.

-Me lo temía -murmuró Kazin abatiendo la cabeza con tristeza.

Simultáneamente, las señoritas Brazone y Duelos, Swedis, Canales y Lundigan prorrumpían en un grito de alegría y se abrazaban unos a otros presos de incontenible alegría.

James Tomkins, recordando sin duda a su mujer y su hijo, se echó a llorar silenciosamente yendo a refugiarse en el rincón más apartado de la cabina.

Al día siguiente, tras largas horas de nerviosismo e impaciencia, los prisioneros eran sacados del pabellón de acero y, llevados primero a través del parque y sucesivamente a través de los pisos en un rápido ascensor, entraban en el gigantesco hangar donde los esperaban las aeronaves que debían conducirles a la Tierra al mismo tiempo que la comisión insectil que iba a parlamentar con los representantes de las Naciones Unidas.

CAPÍTULO VI

La aeronave que iba a llevar a parlamentarios y prisioneros hasta Nueva York estaba posada sobre su tren de aterrizaje cerca de la esclusa de aire. Era una máquina grande, aerodinámica, parecida a un caza de reacción de alas de delta, con una elegante cola en forma de timón y una cabina alargada con numerosas ventanillas redondas a cada lado.

Si exteriormente la aeronave no difería mucho de los aviones más modernos, interiormente el parecido era aún mayor. Un tabique metálico separaba la cabina de mando del espacio destinado a los pasajeros. Cuarenta asientos, dispuestos de dos en dos a cada lado de un pasillo central, se alineaban frente a las ventanillas. Los prisioneros, con las manos atadas a la espalda, fueron obligados a subir en primer lugar para ocupar los últimos asientos al fondo de la cabina.

Dos insectos armados de fusiles eléctricos subieron con los prisioneros al aparato y procedieron a sujetarles con los cinturones de seguridad a los asientos.

La comisión parlamentaria insectil subió a la aeronave.

Por primera vez supo Rhine que los «hombres-insecto» también tenían su vanidad.

Mientras estuvo prisionero en la «cosmonave», Rhine sólo había visto insectos «desnudos», a lo sumo, como todo adorno, llevando una especie de medallón colgando del cuello.

Esta ocasión, sin embargo, debía ser para los insectos por lo menos tan memorable como iba a serlo para los representantes de las Naciones Unidas de la Tierra, lo cual demostraban echándose encima lo que sin duda eran sus mejores galas: corazas doradas, cascos refulgentes y flotantes mantos de los más rabiosos y variados colores, púrpura, amarillos, verdes y morados.

Ninguno llevaba armas, a excepción de los dos guardianes que fueron a ocupar los dos últimos asientos disponibles al otro lado del pasillo, a la altura de miss Connor y Morton Frankel.

El vecino de asiento de Rhine era James Tomkins.

Los parlamentarios, chirriando excitadamente como cigarras metidas en una jaula, ocuparon los 28 asientos restantes y abrocharon sus cinturones de seguridad.

La aeronave dejó oír un silbido. La escotilla fue cerrada desde afuera, los insectos guardaron momentáneo silencio. Se sintió el suave movimiento de la máquina al rodar sobre su tren de aterrizaje hacia la esclusa de aire. Luces rojas muy atenuadas se encendieron en la cabina. La aeronave entró en la esclusa.

A través de los gruesos cristales de la ventanilla, Rhine vio deslizarse

un muro de acero que quedaba iluminado por la luz roja que salía por los huecos de la cabina del aparato.

De pronto se sintió una fuerte sacudida, y casi en un abrir y cerrar de ojos el muro desapareció y Rhine vio a través del cristal el sol y las estrellas brillando en mitad de un cielo completamente negro. Rhine supuso que el aire contenido a presión dentro de la esclusa había lanzado a la nave al espacio al abrirse súbitamente las puertas del tubo. Simultáneamente experimentó la falta de peso propia del estado de ingravidez.

-Estamos en el espacio -dijo Rhine alegremente a Tomkins-. Si todo marcha bien, dentro de unas horas aterrizaremos en Nueva York, y usted al menos podrá olvidar esta horrible pesadilla.

-No, nunca podré olvidar -repuso Tomkins sombríamente.

Rhine respetó el dolor de su compañero guardando silencio. Después de unos minutos, Tomkins volvió a hablar entre dientes:

-Dígame una cosa, Rhine. Después que nos dejen en libertad, ¿qué hará usted? ¿Volverá a su antiguo puesto para tripular otro cohete y hacer un nuevo intento para destruir la cosmonave de los insectos?

-Verá. Norteamérica ha gastado muchos miles de dólares en mi instrucción. Un cosmonauta no se improvisa en una semana ni un mes. Nuestro país está construyendo cohetes a marchas forzadas... cincuenta, cien o doscientos cohetes planeadores para lanzarlos de una sola vez a un ataque masivo contra la cosmonave de los insectos. Lo que yo hice fue solo un ensayo para probar la consistencia de las defensas enemigas. La próxima vez atacaremos por diversos puntos al mismo tiempo. Envolveremos a la cosmonave en una nube de torpedos y... ¡bueno! Yo espero estar entre los pilotos que lleven a cabo ese ataque. Por nada del mundo me perdería el espectáculo, sin contar que estoy en el deber de presentarme a ocupar de nuevo mi puesto.

-Usted es un hombre valiente, Rhine. Yo no he tenido nunca madera de héroe, pero tengo una venganza por cumplir. Ahora, Rhine, escúcheme con atención. Voy a proponerle apoderarnos de esta aeronave entre los dos.

-¡Tomkins! -exclamó Rhine ahogadamente. Meneó la cabeza-. No. Es imposible. También yo estuve pensando en ello antes de embarcar. Sería un golpe tremendo arrebatarles este aparato a los insectos y llevarlo a la Tierra para que nuestros técnicos pudieran copiarlo... algo demasiado hermoso para poderlo hacer realidad.

-Está usted dispuesto a arriesgar su vida de nuevo en un segundo ataque contra la astronave. ¿No le sería provechoso correr ese riesgo ahora mismo?

-No es el miedo lo que me detiene, Tomkins, sino la imposibilidad material de acometer ninguna acción. ¡Si al menos tuviera las manos libres!

-Yo tengo las manos libres.

-¡Tomkins!

-¡Chis, cállese! -conminó Tomkins entre dientes-. No ponga esa cara de asombro, mire adelante y procure disimular. Escondí una cuchilla de afeitar en mi manga antes que nos sacaran de nuestro encierro. Tenía el propósito de degollar a uno de esos malditos insectos apenas me dejaran en libertad, pero he pensado que ésa sería una venganza demasiado pobre...

Rhine había empezado a sudar. Su cerebro trabajaba con rapidez, sopesando las probabilidades de escapar incluso en el caso que Tomkins pudiera cortarle las ligaduras de las muñecas.

Tomkins continuó en voz baja:

-Los insectos están desarmados, sólo los guardianes llevan fusiles y no son más que dos. Tendríamos que llamar la atención de uno de ellos para que se acercara, saltar sobre él y arrebatarle el arma.

-Córteme las ligaduras -dijo Rhine tomando una súbita decisión.

Tomkins empezó a mover su mano por detrás de Rhine, entre los riñones de éste y el respaldo del asiento. En este momento, uno de los insectos más empingorotados de la primera fila de asientos levantó una mano y la agitó en el aire.

Rhine volvió la cabeza atrás, viendo cómo uno de los guardianes desabrochaba su cinturón y se ponía en pie para acudir a la señal del alto jefe insectil.

-Cuidado, uno de los guardias viene hacia aquí -susurró Rhine.

El guardián se había puesto en pie y asiéndose con dos de sus cuatro manos a las asas de los respaldos de los asientos avanzaba introduciendo las puntas de los pies en una serie de asas de cuero distribuidas a lo largo del piso del pasillo.

Al pasar rozando a Rhine, el fusil del «hombre-insecto» estuvo por un momento tan cerca del terrícola que éste hubiera podido cogerlo solo alargando la mano.

Pero en aquel momento Rhine tenía todavía las manos atadas.

-¡Rápido, Tomkins, córteme las ligaduras! -apremió Elliott en voz baja cuando hubo pasado el guardián.

La hoja que Tomkins manejaba era muy afilada. Como los prisioneros fueron secuestrados sin tiempo para llevarse una navaja de afeitar, ellos tuvieron que fabricárselas utilizando hojas de viejas sierras de aserrar acero encontradas en el pañol.

Las manos de Rhine quedaron libres.

-Ahora el cinturón de seguridad -ordenó Elliott en voz baja.

El guardián volvía por el pasillo introduciendo los pies en las asas distribuidas por el piso. De nuevo pasó junto a Rhine, solo que esta vez el fusil estaba fuera del alcance de las manos del terrícola.

Rhine volvió la cabeza.

El guardián había llegado hasta la señorita Connor y la hablaba a chirridos. La muchacha le indicó al guardián su cinturón de seguridad. El insecto le desabrochó el cinturón.

Vidya se puso en pie, pero el leve impulso que se dio para ejecutar este movimiento fue suficiente para hacerle salir de su asiento y lanzarle contra el techo de la cabina.

Vidya no había tenido en cuenta la falta de gravedad.

Se produjo una ligera confusión mientras la muchacha flotaba arriba pegada al techo. Como tenía las manos atadas atrás, Vidya no pudo ayudarse a sí misma para bajar de allí, teniendo que ser el insecto quien tirando de ella la apeó de las alturas.

El jefe de la comisión insectil dejó oír su desapacible chirrido.

Estaba ordenando al guardián que soltara las manos de la chica.

El guardián empleó dos de sus manos para deshacer los nudos de las cuerdas. Y todavía le quedaban dos manos para sostener el fusil y sujetarse a las asas de los respaldos.

La señorita Connor, ya libres las manos, siguió al insecto por el corredor. El guardián iba a pasar de nuevo rozando a Rhine.

Elliot contuvo el aliento. En el último momento se preguntó si podría arrebatarle el fusil al insecto del primer tirón. Si no podía al primero, al segundo tampoco podría, pues la mano del guardián aferraría con redoblada fuerza el fusil.

El guardián estaba junto a Rhine cuando éste alargó las dos manos, cogió el fusil por la culata y tiró con fuerza.

El fusil quedó en poder de Rhine mientras el insecto, sorprendido, se volvía en redondo. Rhine le asestó un fuerte golpe en la cara con el cañón y luego saltó hacia arriba.

En aquella falta de gravedad, el ágil salto de Rhine llevó a éste contra el techo.

El guardián, lanzando un escalofriante chirrido de furia, iba a saltar hacia Rhine cuando éste empuñó el fusil y apretó el disparador.

Brilló un fogonazo azul-eléctrico, sonando como un latigazo.

Cayó sin vida el insecto a los pies de la sorprendida Vidya. Rhine giró sobre sí mismo apuntando el fusil contra el segundo guardián. Éste estaba soltando el pasador de su cinturón cuando el chispazo del fusil de Rhine cayó sobre él y le dejó electrocutado.

Todo había sucedido en contados segundos. Los parlamentarios insectiles se volvían alarmados cuando el segundo guardián era muerto.

Dándose impulso con una mano contra el techo, Elliott pasó por encima de los estupefactos Kazin y José Canales para caer sobre el cadáver del segundo guardián. Le tomó el fusil y se lo arrojó por el aire a James Tomkins.

Todos los insectos estaban despasando sus cinturones. Tomkins lanzó un grito salvaje al atrapar en el aire el fusil. Saltó hacia el techo de la cabina, y flotando en el aire, con la espalda contra el techo, apuntó su fusil y disparó. Vidya Connor se agazapó en el pasillo.

-¡Malditos! -aulló como un loco-. ¡Malditos!

El fusil dejó oír sus chasquidos de tralla mientras descarga tras descarga, casi con la rapidez de una ametralladora, iba abrasando insectos a diestra y siniestra.

Un par de insectos, por lo menos, levantaron los brazos en el ademán universal de rendirse al enemigo. Tomkins no tuvo compasión para ellos como ellos no la tuvieron con su mujer y su hijo.

-¡Cobrad, verdugos! -bramó el terrícola-. ¡Esto por mi mujer! ¡Y por mi hijo! ¡Por mi mujer y por mi hijo!

Algunos insectos habían logrado soltarse de sus cinturones y en razón del brinco de sobresalto que dieron fueron a parar al techo. Allí quedaron flotando grotescamente después de ser fulminados por el implacable fusil de Tomkins.

Rhine había ido a parar al fondo de la cabina.

-¡Basta, Tomkins! -gritó.

El americano dejó de disparar. No por la orden de Rhine, sino porque ninguna de las negras y repulsivas figuras de los insectos se movía ya.

Dando impulso con los pies contra el tabique, al estilo de los nadadores para dar la vuelta en una piscina, Rhine cruzó volando la cabina por entre los cuerpos flotantes de algunos insectos y fue a dar con las manos en el marco de la puerta que comunicaba la cabina con la cámara de navegación.

Un insecto, probablemente el operador de radio o de radar, se disponía a salir por la puerta.

Rhine disparó a bocajarro contra él.

El insecto fue impulsado al interior de la cabina por el impacto de la descarga eléctrica que caía sobre él. Rhine se precipitó dentro de la cabina de los pilotos.

Los pilotos, advertidos por el crujido de los fusiles de lo que ocurría, tenían vuelta la cabeza atrás. Uno de ellos desabrochaba el cinturón que le sujetaba al asiento. Elliott los apuntó con el fusil gritándoles:

-¡Quietos! ¡Quietos o disparo!

Los insectos no podían entender sus palabras, pero el gesto del terrícola era en sí sobradamente elocuente. Sin embargo no se estuvieron quietos. El que había soltado su cinturón saltó hacia arriba llevando la mano a la cintura.

¡Los pilotos llevaban pistola al cinto!

Rhine disparó primero contra el que estaba fuera del sillón, y a continuación contra los hombros del que todavía estaba sentado ante los

mandos.

Un trallazo sonó a espaldas de Rhine. Se volvió.

El operador de radar de la aeronave, junto al cual había pasado Elliott al precipitarse en la cabina, estaba tras él con la mano agarrotada sobre la culata de la pistola que iba a disparar. Más allá, en la puerta de la cabina, Tomkins empuñaba su fusil eléctrico. Los ojos le brillaban como carbones y había en su fruncida boca una mueca de implacable ferocidad.

-¡Maté a todos! -gritó triunfalmente.

-Sí, Tomkins -dijo Rhine-. Matamos incluso a los que debimos dejar vivos. Vuelva a la cabina y corte las ligaduras de los demás.

Rhine se dirigió al sillón que había quedado vacío junto al piloto muerto. La señorita Connor se precipitó en la cabina y llegó junto a él. Miró de Rhine al piloto muerto que seguía amarrado al asiento por el cinturón y exclamó:

-¿Se han vuelto locos? ¿Cómo vamos a llegar a la Tierra con los pilotos muertos?

Rhine contestó calmosamente mientras revisaba los intrincados mandos;

-Mi propósito no era matar a los pilotos. Pero estaban armados, intentaron ofrecer resistencia y no tuve más remedio que tirar contra ellos.

-Fue una acción estúpida la de querer apoderarse de la aeronave. Estábamos camino de la Tierra. Todos ustedes iban a ser puestos en libertad. Sólo tenían que haber esperado unas horas y...

Elliott se volvió a mirarla.

-Usted no se contaba entre los que íbamos a ser canjeados. Debería sentirse contenta si le queda una probabilidad de conseguir también su libertad.

-Imagino que esa probabilidad es tan remota para mí como para todos los demás, incluido usted mismo. Usted no sabe pilotar este aparato.

-No.

Lundigan, el doctor Kazin y María Brazone entraron en la cabina. A continuación fueron llegando los demás. Morton Frankel se abrió paso a codazos y se acercó a Rhine.

-¡La ha hecho usted buena, señor Rhine! -exclamó Frankel furioso.

-¿Decía usted, Frankel?

-Digo que ha estropeado usted en un momento nuestra labor de dos años, Rhine. ¡Si al menos me hubiera comunicado sus planes!

-Me imagino que se hubiera negado a tomar parte en este golpe de mano. Usted se sentía a gusto entre los insectos. Durante dos años se ha esforzado por ganar su confianza y amistad. ¿Es ésa la labor que le he estropeado, señor Frankel?

-¡Sí!

-¿Qué esperaba ganar usted sirviendo a los insectos, Frankel? ¿Le habían prometido tal vez regalarle Francia o Inglaterra para que usted se estableciese como dueño a modo de un antiguo señor feudal?

El rostro del escritor se puso color púrpura, pero no fue él quien contestó a Rhine, sino Vidya Connor.

-¡Basta ya, señor Rhine! Es usted un imbécil y no consentiré que siga insultando al señor Frankel. ¿Qué sabe usted de nuestros dos años de cautiverio? ¿Cree de veras que lo pasamos muy bien comiendo algas a todo pasto, recibiendo latigazos por nuestros errores de pronunciación, diciendo «sí» a todo lo que los insectos nos ordenaban y trabajando para ellos las veinticuatro horas del día?

-No sé cómo lo pasaron. Pero si hemos de atenernos a lo que parece, lo que parece es que les duele mucho que yo les haya librado de esa pesadilla.

-Escuche, señor Rhine, y entérese de algo que usted no sabe. Por espacio de estos dos años nosotros hemos estado aprendiendo el idioma de los insectos, sirviéndoles de intérpretes y, pese a su amenaza de decapitarnos si les mentíamos, engañándoles descaradamente. Durante estos años hemos escuchado las noticias y los discursos que se daban por radio, y al traducirlos a su idioma les hemos dado una visión falsa de nuestro mundo. Actualmente, los insectos nos creen más fuertes que lo que en realidad somos, y gracias a ello han adoptado una actitud de cautela con nosotros en vez de lanzarse al asalto y la conquista de nuestro planeta. Su decisión de venir a parlamentar con las Naciones Unidas, en contra de lo que parece, no es en ellos señal de debilidad. Los insectos son fuertes, cuentan con poderosos medios de destrucción. Pudieron habernos invadido con éxito dos años atrás, pero demoraron el asalto hasta conocernos un poco mejor. Luego han ido postergando la invasión a medida que adquirían una visión falseada de nuestro mundo. Contener a los «hombres-insecto» durante todo este tiempo, ésa ha sido la labor personal del señor Frankel secundado por todos nosotros. Ésa, señor Rhine, es la labor que usted acaba de destruir en un solo minuto de exaltación irreflexiva.

Elliott, que había escuchado con asombro a la muchacha, miró avergonzado a Morton Frankel.

-¿De modo que eso ha hecho usted? -murmuró-. Tendré que presentarle mis disculpas por haberle juzgado mal, Frankel. Pero dígame una cosa. ¿Por qué cree que he estropeado su labor al apoderarme de esta aeronave?

-Es difícil prever cuál será la reacción de los insectos ahora. Si los pilotos tuvieron tiempo de comunicar por radio con la cosmonave, el secuestro de este aparato puede desencadenar la guerra atómica hoy mismo. Los insectos saben que no tenemos aeronaves como las suyas, pero no ignoran que somos capaces de copiarlas como hemos copiado sus fusiles eléctricos. Si saben que el aparato cayó en nuestras manos, lo más seguro

es que ataquen violentamente antes que tengamos tiempo de darles la réplica empleando aeronaves de su mismo modelo.

Rhine, a quien no gustaba sentirse responsable del ataque de los insectos, reflexionó un instante en silencio.

-Supongamos que no hubiera ocurrido esto y la comisión parlamentaria insectil hubiera llegado a Nueva York para entrevistarse con los representantes de las Naciones Unidas. ¿Qué creen ustedes que habría ocurrido?

-Es casi imposible adivinarlo -repuso Frankel.

-¿Cree que la ONU habría permitido a los insectos establecerse en África o en cualquier otro lugar, aunque fuese el desierto de Sahara?

-Yo habría aconsejado a la ONU que otorgara ese permiso. Donde son más de temer los insectos es allí en el espacio, en su poderosa cosmonave. En la Tierra, nuestras armas convencionales y proyectiles dirigidos con carga atómica son suficientes para combatirles.

-Perdone si no estoy de acuerdo con usted, Frankel. No le niego su valía como escritor de películas, pero como estratega deja bastante que desear. La ONU jamás habría dado a los insectos autorización para desembarcar y ocupar pacíficamente ningún territorio. Nuestros delegados habrían tratado de ganar tiempo pidiendo garantías y otras zarandajas que habrían acabado por exasperar a los insectos a lo largo de muchos meses de discusiones, pero el final habría sido el que todos conocemos de antemano; un «no» rotundo.

-Tal vez...

-Sin tal vez, señor Frankel. Sería un error grave permitir a los insectos acomodarse en la Tierra, ya que eso sólo equivaldría a convertir en dos el mismo problema peliagudo. Los insectos se establecerían en la Tierra y conservarían su cosmonave, y en definitiva nada habríamos salido ganando. La opinión de nuestros generales es que los insectos están magníficamente situados donde se encuentran ahora. Su cosmonave no es indestructible. Por el contrario, es mucho más frágil que lo que parece. Nos bastaría acertarle con un solo proyectil de carga atómica para destruirlo. El problema consiste en hacer que ese proyectil llegue a la cosmonave, y nuestros técnicos en cohetes ya se están ocupando de ello. En resumen, la aeronave que nosotros hemos capturado vale más que todas las tediosas conversaciones que pudieran haberse llevado a cabo con el Estado Mayor de los «hombres-insecto». Los insectos arremeterán con bombas atómicas contra nuestras ciudades. Ya lo teníamos previsto y hemos evacuado esas ciudades tan pronto vimos aparecer en lontananza la cosmonave de los insectos. Si yo consigo hacer que esta máquina aterrice sin percance en cualquier lugar de la Tierra, su captura nos valdrá por el mejor éxito diplomático que usted fuera capaz de imaginar. Nuestros técnicos le

arrancarán muy pronto su secreto y el final de la amenaza insectil habrá quedado sellado a partir de ese instante. Ustedes ya realizaron una magnífica labor entreteniendo a los insectos con sus embustes... Dejen ahora que yo haga mi labor y entre todos habremos conseguido acabar con esos malditos bichos.

La seguridad del acento del piloto hizo que todos los demás se miraran impresionados.

Thomas Swedis habló:

-Usted nunca ha pilotado un aparato como éste, Rhine. ¿Cree que podrá llegar a tierra sin volatizarse al entrar en la atmósfera?

-Los insectos tienen fama de poseer una técnica de excepción, ¿no es eso? Pues bien, si soy capaz de aterrizar en uno de nuestros toscos planeadores cohéticos, con mayor razón podré hacerlo pilotando una máquina que se supone es mucho más perfecta que las nuestras.

-Bueno, pero es que usted no está familiarizado con los mandos de ésta.

-Casi todos los mandos e indicadores tienen su inscripción al pie. La señorita Connor se sentará a mi lado y me irá leyendo y descifrando esos jeroglíficos. Mientras, ustedes podían apartar de ahí todos esos bichos muertos y meterlos en alguna parte para que no vayan volando como abejorros por toda la cabina.

El acento casi festivo de Rhine era el adecuado para tranquilizar a sus compañeros. El grupo se dispersó muy animado, procediendo Canales y Kazin a retirar el cadáver del copiloto para que Vidya Connor pudiese sentarse en aquel sillón.

CAPÍTULO VII

La escritura de los «hombres-insecto» era del tipo ideográfico, constando de unos 30.000 signos de los cuales Vidya conocía alrededor de 9.000. Las placas que rotulaban interruptores y relojes estaban escritas en términos pintorescos, tales como: «palo que mueve la cola», «chorro de humo», «rueda que guía derecho» y otras más.

Rhine pudo darle significado a la mayoría de estas expresiones, traduciendo «timón de dirección», «gas» y «compás giroscópico», pero la misma Vidya quedó perpleja ante otros rótulos que se declaró incapaz de comprender.

-No importa, iremos tocando aquí y allá a ver qué ocurre -dijo Elliott. La joven le dirigió una mirada de terror.

Hacía dos horas que giraban alrededor de la Tierra. Los cadáveres de los «hombres-insecto» habían sido encerrados en un compartimento para carga que los amigos de Rhine encontraron en la parte posterior de la cabina y nada delataba la violenta lucha que allí había tenido lugar dos horas antes.

Elliott volvió la cabeza hacia la cabina.

Sus compañeros habían vuelto a sus asientos, asegurándose con los cinturones. Podía pues empezar las pruebas.

Rhine apretó un botón del tablero de instrumentos. La aeronave volteó lentamente invirtiendo su posición, de forma que los viajeros quedaron volando cabeza abajo respecto a la Tierra.

En las condiciones de ingravidez en que todavía se hallaban a aquella altura, esto no cambió la situación a bordo de la aeronave. Sobre sus cabezas, a la brillante luz del día, los pasajeros vieron la superficie del planeta girando rápidamente en dirección contraria a la del vuelo del aparato.

Rhine miró intranquilo las manecillas de algunas esferas que le intrigaban profundamente. Alguna de estas manecillas debía estar señalando la velocidad y la altitud de la aeronave, pero él no podía saber ni la velocidad de la máquina ni la altura a que se encontraban respecto a la superficie de la Tierra.

Velocidad y altura, expresadas en unidades de medida que Rhine no podía traducir a metros o kilómetros, eran en los relojes términos ambiguos para él.

En todo caso, Elliott tenía que guiarse por la vista y su experiencia en vuelos anteriores al espacio.

Sólo a título de comprobación apretó el botón señalado con la indicación «chorro de humo». Los tripulantes experimentaron una brusca sacudida que los lanzaba contra los respaldos de sus asientos. Rhine

oprimió enseguida el botón que estaba inmediatamente debajo.

El motor de reacción se apagó y el vuelo continuó en plena normalidad.

Sobre su cabeza, a medias oculta por un banco de nubes, Rhine vio deslizarse la isla de Sumatra. La aeronave cruzó raudamente la isla de Borneo, pasó las Célebes y las Molucas y dejó a un lado Nueva Guinea para lanzarse sobre la brillante inmensidad del Océano Pacífico.

Rhine calculó que su velocidad era por lo menos del orden de los 40.000 kilómetros por hora en adelante, y su altura no inferior a los cien kilómetros. Muy pronto entrarían en contacto con la atmósfera terrestre.

Preparándose para este momento, Rhine se escupió en las manos y se acomodó mejor en el asiento antes de empuñar la palanca de gobierno.

Vidya le espiaba con el rabillo del ojo. Él lo advirtió.

-¿Preocupada?

-Mi especialidad no son los vuelos orbitales. Espero que al menos usted sepa lo que se hace.

-No puedo ofrecerle una garantía absoluta. Lo que yo digo es que si los pilotos insectiles son capaces de aterrizar con este trasto sin estrellarse, yo también lo haré.

Ella hizo una mueca cuyo significado equivalía a un «Bueno, ya veremos».

En este momento, al mover la palanca de gobierno, Elliott sintió que casi imperceptiblemente éstos empezaban a encontrar alguna resistencia.

Un par de minutos después se escuchó un apagado silbido que fue rápidamente aumentando de volumen hasta envolver a la máquina en todo un estruendo fragoroso como de un tren al penetrar en un túnel.

Vidya pegó un brinco y de atrás llegó la voz sobresaltada de Thomas Swedis:

-¡Rhine! ¿Qué es eso?

-¡Aire! -contestó Elliott a voz en cuello-. ¡Acabamos de entrar en contacto con la atmósfera!

Una hora antes, Vidya había identificado entre las numerosas esferas del tablero una correspondiente a unidades de temperatura. Rhine miró esta esfera comprobando que la temperatura empezaba a subir vertiginosamente. Se trataba pues en efecto de un termómetro para medir la temperatura del casco del aparato.

-No aparte los ojos de esa esfera, señorita Connor. Y vaya traduciéndome a grados centígrados los que marque ese termómetro.

La aeronave se encontraba a la altura de las islas Marquesas volando raudamente en dirección a las Galápagos. La temperatura del casco era de 1.100 grados centígrados. Elliott tiró de la palanca de gobierno para sostener la máquina a aquella altura donde el aire todavía era muy tenue.

La costa de Sudamérica apareció ante Rhine. A sus espaldas, el sol

descendía velozmente hacia el horizonte. Sobre las selvas del Brasil les sorprendió la oscuridad de la noche. El estruendo silbante del aire alrededor del aparato era ensordecedor.

Contraviniendo la orden de Rhine de que nadie se moviera de su asiento, Morton Frankel vino andando con dificultad desde la cabina y tocó a Elliott por detrás en un hombro.

-¿Qué hace usted aquí? -le gritó Elliott-. ¡Siéntese!

-Mire atrás hacia las alas, señor Rhine -dijo Frankel muy asustado.

-¿Qué ocurre con las alas?

-Pues que vamos ardiendo, señor Rhine. Eso es todo.

Rhine estiró el cuello hacia la ventanilla lateral mirando atrás. Vio que, en efecto, los bordes de ataque de las alas se habían puesto incandescentes al rojo blanco, mientras el resto brillaba en la oscuridad de un brillante color rojo cereza.

-¿Cuál es la temperatura de ese termómetro, señorita Connor?

-¿Es posible que sean dos mil grados centígrados?

-¡Dos mil grados! -exclamó Rhine ahogadamente dejándose caer de nuevo contra el respaldo-. A esta temperatura debíamos habernos desintegrado como un meteoro.

-Tal vez si todavía no ha ocurrido eso se deba a la superior calidad del acero de los «hombres-insecto» -dijo Frankel.

-Ya puede afirmar que así es. ¡Demonio! Este aparato es demasiado pesado para sus pequeñas alas. Y si exceptuamos la superior resistencia de sus materiales al calor, los insectos no nos han enseñado nada nuevo en su técnica aeronáutica. Yo esperaba algo... algo distinto. ¡Maldito sea este condenado aparato! Vuelva a su asiento, Frankel. Voy a encender los motores del sistema de freno antes que ardamos como pavesas.

El escritor volvió apresuradamente a su asiento.

-¡Prepárense! -gritó Rhine-. ¡Va!

Pulsó un botón.

Los tripulantes experimentaron un brutal empujón hacia adelante, el cual casi les arrancó de sus asientos a los cuales permanecían sujetos por los cinturones.

La sacudida, aunque muy violenta, apenas duró cinco segundos. De nuevo Rhine apretó el botón. Otra sacudida. Una breve espera y de nuevo Rhine encendió los cohetes...

-¿Esto... va a durar mucho? -preguntó Vidya Connor jadeando en una de las breves pausas.

Elliott no cesaba de maldecir entre dientes a los insectos que construyeron aquella aeronave. Siempre había creído que los «hombres-insecto» poseían una técnica de excepción, muy superior a todo lo realizado hasta entonces por la técnica aeronáutica terrestre. La práctica le

estaba demostrando que, excepto por el hecho de haber construido y haber elevado en el espacio su fabulosa cosmonave de tres kilómetros de diámetro, los insectos no llevaban demasiada delantera a la ingeniería terrestre de naves espaciales.

Esto, por otra parte, sorprendía mucho a Rhine. ¿Sería posible que la aeronave tuviese algún secreto que él no había podido descubrir?

-Léame la temperatura de ese termómetro, miss Connor.

-Creo que ha descendido algo, como un centenar de grados.

-Bueno, eso está mejor. Forzosamente debemos estar perdiendo velocidad. Yo creo que si no hemos estallado, ya no vamos a desintegrarnos en lo que queda de viaje.

Siguió un prolongado silencio. Sin apartar sus ojos del termómetro, Rhine advirtió que la temperatura del casco iba cediendo muy poco a poco. A los 20 minutos de haberse puesto el sol a su espalda, lo vieron levantarse de nuevo por el frente.

En este momento volaban sobre África Ecuatorial. La altura, calculada a ojo de buen cubero, debía ser de unos 20.000 metros. Su velocidad también debía haber quedado muy reducida a juzgar por la disminución del ruido del aire al rozar las superficies del casco del aparato.

Todavía volando cabeza abajo, pasaron sobre el Lago Victoria y el Territorio de Kenia para lanzarse sobre el Océano Indico. Aquí, Rhine apretó el botón de los cohetes que actuaban sobre la posición del aparato, el cual volteó suavemente para volver a su posición normal.

Estaban de nuevo sobre Indonesia, después de haber completado una vuelta entera al globo. El aparato, muy pesado y de alas muy pequeñas, estaba perdiendo altura rápidamente. Rhine calculó unos 12.000 metros. Para cruzar de nuevo el Pacífico y aterrizar en los Estados Unidos, por fuerza tendría que encender los cohetes de cola e impulsar a la nave otros 16.000 kilómetros hasta la costa occidental de Norteamérica.

Rhine se disponía a poner en marcha los motores cuando Vidya lanzó una ronca exclamación señalando hacia la ventanilla.

-¡Un aparato insectil!

Rhine se volvió como picado por una víbora a tiempo de ver una máquina de forma aplanada que pasaba raudamente junto a la aeronave por la derecha.

-¡Maldición!

Obrando por instinto, Elliott empujó la palanca de gobierno adelante bajando la proa de la aeronave en picado hacia el mar.

Frankel, que ocupaba uno de los sillones de la cabina correspondientes al operador de radio, abandonó su puesto y fue a colocarse detrás del piloto.

-¡Nos buscan! -exclamó Frankel excitadamente-. Los pilotos debieron comunicar a la cosmonave lo que ocurría a bordo. ¡Mire, está dando la

vuelta!

En efecto, a una velocidad endiablada que sólo la recia naturaleza de los insectos era capaz de soportar, el aparato insectil viraba por delante de los terrícolas dejando en el cielo una prolongada estela curvilínea de gases.

La aeronave de Rhine, bajando en pronunciada picada, descendía a velocidad cada vez mayor en dirección al mar.

-¡Se disponen a atacar! -gimió Vidya retorciéndose las manos.

Esto mismo era lo que creía Elliott. Allá abajo, como a 2.000 metros, vio un extenso banco de nubes. Tal vez si pudiera llegar a él...

De nuevo el silbido del aire envolvió a la aeronave mientras la máquina aceleraba su veloz caída en dirección al banco de nubes. Levantando los ojos, Rhine alcanzó a ver el aparato insectil completando su media vuelta y lanzándose en picado tras ellos.

Un minuto después, Rhine perdió de vista a su enemigo. Sabía que ahora lo tendría detrás de su cola. Creyó ver al piloto de aquel ágil aparato maniobrando para encararle en las miras de sus cañones, y con la imaginación presintió el instante en que aquel diabólico insecto apretaba el botón de disparo.

La aeronave se estremeció como una hoja al recibir el cañonazo de su persecutor en la cola.

-¿Qué ha sido? -preguntó Frankel con voz ronca.

Elliott apretó los dientes sin contestar. Adelantó la mano y apretó el botón del encendido. El sistema de ignición del motor cohete no respondió. No esperaba menos. El cañonazo de su enemigo le había acertado en los motores de popa. La máquina caía como una piedra abandonada en el espacio y Rhine no tenía medios para gobernarla, falta de su medio de impulsión.

-¡Así les confunda Satanás! -bramó encolerizado-. ¿Dónde están los «flaps»? ¡Debe haber algún medio de bajar los «flaps»!

A puñetazos arremetió contra los botones del intrincado cuadro de mandos. Luego abandonó esta insensata actitud para asir con ambas manos la palanca de gobierno y tirar de ella con todas sus fuerzas.

Notó la resistencia del aire en los timones de profundidad. Al menos los planos de cola no parecían haber sufrido daño. Si lograba enderezar la máquina quizás consiguiera que el golpe contra tierra fuese menos violento, aunque en modo alguno podría elegir el lugar de aterrizaje...

Las nubes subieron velozmente al encuentro del aparato. De pronto, Rhine se vio volando a ciegas entre jirones de vapor que iban a estrellarse contra el parabrisas de la cabina. Luego fue la lluvia la que se estrelló contra el cristal llenándolo de regueros.

Sintió que la proa de la máquina se levantaba. El silbido del viento contra el casco de la aeronave iba disminuyendo, y en su lugar era

sustituido por el violento azote de la lluvia.

Algo extraño ocurría. Rhine notaba bajo sus pies algo así como una fuerza de freno misteriosa que estaba haciendo disminuir la velocidad de la aeronave.

Elliott miró angustiado las esferas indicadoras del cuadro. Pero las esferas hablaban en lenguaje que era ininteligible para él. La situación era para causar la desesperación de un piloto acostumbrado a confiar en gran número de instrumentos auxiliares.

De pronto se aclaró parcialmente la visión más allá de los cristales anegados por la lluvia. Confusamente vieron el correr de las altas olas empenachadas de espuma sobre el embravecido mar. El mar subía al encuentro de los tripulantes. Era inminente una violenta zambullida en el líquido elemento.

-¡Agárrense fuerte! -chilló Elliott en el último instante.

Y tiró hacia sí con toda su fuerza de la palanca de gobierno.

La aeronave cayó al mar.

Los cristales parabrisas saltaron de sus marcos y por el hueco se precipitó una tromba de agua que envolvió completamente a Rhine y casi le ahogó.

Se escucharon gritos de pánico, chasquido de cristales que se hacían pedazos, rasgar de planchas de metal y borboteos de agua anegando la cabina por las brechas abiertas en el casco. La aeronave había ido a caer sobre un banco de arrecifes de coral.

Después de la tromba de agua, todo el estruendo del temporal que azotaba el océano entró por el hueco de las ventanillas destrozadas.

Apenas sin poder creer que se encontrara ileso, Rhine miró a su alrededor empapado de pies a cabeza. Las luces de la cabina seguían milagrosamente encendidas. Junto a Elliott, la señorita Connor colgaba sin sentido del cinturón que la sujetaba fuertemente al asiento.

Rhine hizo saltar el pasador de su cinturón.

Cuando iba a abandonar el asiento, el piso se movió bajo sus pies precitándole sobre el asiento ocupado por Vidya Connor. Casi enseguida el piso se estabilizó y Rhine empezó a desabrochar el cinturón que todavía sostenía a la muchacha.

-¡Abandonen el aparato! -chilló con voz aguda.

Sacó a la muchacha de su asiento. Morton Frankel yacía en el piso detrás del asiento que Rhine había ocupado. Sus ropas estaban empapadas de agua. Sangraba por una enorme herida en la cabeza.

En la misma cabina de derrota, el doctor Kazin soltaba el cinturón que le tenía amarrado al puesto del operador de radar. Rhine le llamó y el ruso acudió apresuradamente.

-Vea si Frankel está vivo y arrástrelo hacia la puerta -le dijo Rhine a

gritos.

En la cabina del pasaje, en medio de enorme confusión y pánico, los tripulantes corrían hacia la puerta. Sin embargo, el piso apenas se movía y el agua que había entrado en el primer momento corría hacia algunas grietas abiertas en las planchas del pasillo.

Levantando a Vidya en sus fuertes brazos, Elliott corrió detrás de los demás en dirección a la puerta. John Lundigan y José Canales forcejeaban con el manubrio que aseguraba herméticamente la puerta. La puerta finalmente se abrió hacia adentro. Lundigan se asomó y retrocedió lanzando una ronca exclamación de sorpresa.

-¡Lundigan! ¿Qué ocurre? -gritó Elliott.

-Venga a verlo usted mismo. No comprendo esto. Parece... ¡Parece como si flotáramos en el aire!

-¡Flotar en el aire! -exclamó Rhine-. ¡Eso es imposible!

Un asustado grupo formado por Swedis, Tomkins, Yvette y María se interponía entre Rhine y la puerta. Vidya empezaba a dar señales de vida moviendo los párpados. Rhine se inclinó para depositarla en uno de los asientos. Al mirar al suelo, por segunda vez, vio con asombro el correr del agua hacia las grietas del piso.

Esto resultaba algo fantástico. El agua debería estar entrando por allí a borbotones en vez de salir como por un desagüe.

Un golpe de mar alcanzó a la nave y la zarandeó rudamente. El movimiento de balanceo de la aeronave hizo pensar a Rhine en un globo. La sensación de estar flotando en el aire era idéntica aquí que en la barquilla de un dirigible.

-¡A ver, déjenme paso!

Rhine alcanzó la portezuela en el momento que una ola lanzaba un chorro de espuma por el hueco hasta el interior del aparato. El piloto estiró el cuello sacando la cabeza por la portezuela.

Parecía fantástico, y, sin embargo, era como dijo Lundigan.

La aeronave flotaba en el aire a cuatro o cinco metros de altura sobre las alborotadas aguas del mar. De vez en cuando, una ola más alta la golpeaba de costado y la zarandeaba con rudeza. Luego la nave recobraba el equilibrio y seguía flotando quietamente, blandamente, como una tabla que por un milagro de la gravitación se sostuviera sola en el vacío.

Elliott se apartó de la portezuela para mirar a sus amigos.

-¿Es cierto que estamos flotando en el aire? -preguntó Yvette.

-Sí -contestó Rhine, y se rascó la cabeza-. ¡Demonio! Así resultaba que los insectos, después de todo, tenían una técnica de excepción. Ellos resolvieron hace tiempo el problema de la antimateria, que es como llamamos a un fluido o carga eléctrica que debiera repeler la fuerza de atracción de las masas y se supone existe ordenando la gravitación

universal. Seguramente toqué algún botón que hizo funcionar el dispositivo de flotación cuando buscaba el mando de los «flaps». Ese mecanismo antigravitatorio nos frenó en los últimos minutos, impidió que nos matáramos y elevó la aeronave sobre el mar después del primer encontronazo.

-¿Quiere decir que estamos vivos por casualidad? -preguntó John Lundigan haciendo una mueca.

Rhine soltó una risita nerviosa que era el resultado de las últimas horas de tensión vividas ante los mandos del aparato.

-No por casualidad, sino porque los «hombres-insecto» dotaron a su máquina de un invento realmente fantástico. ¡Y yo que les censuraba por haber construido una nave demasiado pesada con relación a la superficie de sus alas! Gracias a que el acero de que está hecha resistió hasta dos mil grados de temperatura, pues de lo contrario habríamos ardido como pavesas al atravesar la atmósfera ignorando la existencia de ese dispositivo de flotación.

Los nervios de Rhine hicieron crisis. Soltó una carcajada y se puso a reír... a reír... hasta que le saltaron las lágrimas y todos los demás unieron su risa a la suya.

El doctor Kazin venía por el pasillo y la gravedad de expresión hizo que todos enmudecieran.

-¿Frankel? -preguntó Rhine conteniendo el aliento.

-Está gravemente herido, con probable fractura del cráneo.

-¡Vaya, qué mala suerte!

-Frankel era el único que se encontraba fuera de su asiento cuando sobrevino el choque. Le vi salir despedido con fuerza contra el respaldo del sillón ocupado por usted. ¿Qué ha ocurrido? ¿Estamos verdaderamente suspendidos en el aire?

-Véalo usted mismo.

Kazin se asomó con precaución a la portezuela. Al meter de nuevo la cabeza dentro de la cabina dijo:

-La fuerza del viento y las olas nos empujan hacia aquella tierra. Convendría buscar rápida asistencia para Frankel.

Rhine se asomó a su vez a la portezuela. En efecto, el viento y las olas que de vez en cuando alcanzaban a la aeronave, estaban empujando a ésta hacia la costa que se distinguía cerca a través de la gris cortina de la lluvia.

CAPÍTULO VIII

Mientras John Swedis utilizaba la radio de a bordo para lanzar llamada tras llamada de socorro, el doctor Kazin vendaba la herida de la cabeza de Frankel.

Rhine buscaba por toda la aeronave alguna cuerda o cable que sirviera para amarrar el aparato a un árbol y así impedir que el viento los arrastrara tierra adentro. Rhine creía que la tierra avistada era algún islote solitario del archipiélago de las Célebes, aunque también podía tratarse de la isla de Borneo.

En el último caso, las precauciones a adoptar deberían ser muy serias, pues los «hombres-insecto» habían depositado huevos también en Borneo al mismo tiempo que en Sudamérica, Malasia, Birmania y el África Central.

Las operaciones de limpieza en las selvas de Borneo, por razones del aislamiento que impedía a los insectos propagarse en otros territorios vecinos separados por el mar, no habían seguido el mismo ritmo que las de África y América, donde las Naciones Unidas tenían empleado un gran número de tropas y aviones dedicados al aniquilamiento de aquellos prolíferos bichos.

Rhine sabía poco de Borneo, excepto que allí había «hombres-insecto» y algún destacamento de tropas indonésicas que trataban de combatirlos. Esperaba que las llamadas de socorro lanzadas por radio llegarían a alguna parte; mas para que la búsqueda de las fuerzas de socorro resultase fructuosa, ellos debían procurar que la aeronave permaneciese cerca de la costa sin alejarse de la zona donde había caído.

Desgraciadamente, Elliott no encontró ninguna cuerda lo suficiente larga y resistente para servir de amarra a la nave.

-No hay cuerda. Tendremos que buscar el botón que interrumpe el funcionamiento del sistema de flotación y posar el aparato en la costa -confió a John Lundigan.

Volvió a la cabina de derrota. A través de la ventanilla, cuyos cristales habían saltado con el choque contra el mar, Rhine alcanzó a ver una línea de esbeltos cocoteros que el viento doblaba como frágiles cañas.

Seguía lloviendo y la lluvia entraba a ramalazos por la ventana sin cristal.

Rhine tomó asiento ante los mandos. El fuerte viento seguía empujando la nave hacia la costa. Ya estaba cerca la playa cubierta de espuma. Esperó un poco hasta que la nave llegó sobre la playa. Luego pulsó un botón.

No ocurrió nada. El viento lanzó a la aeronave contra los cocoteros antes que Elliot diera con el botón que interrumpía el flujo de aquel campo magnético que sostenía al aparato en el aire. Se escuchó un crujido. Una

rama de palmera entró a través de la ventanilla y azotó a Rhine en la cara.

Rhine pegó un puñetazo a un botón.

Se escuchó a modo del zumbido de una sirena. La máquina descendió con suavidad y llegó al suelo con una brusca sacudida y un nuevo crujido de planchas.

-¡Vaya, hombre, por fin dimos en el clavo! -rezongó Elliott.

Lundigan estaba tras él y soltó un suspiro.

-Ahora ya podemos decir que estamos en tierra.

-Sólo que no sabemos en qué tierra -agregó Rhine-. Vaya y vea si la puerta está bien cerrada, John. Mientras no salgamos del aparato estaremos a salvo de los insectos.

-¿Qué insectos? Apuesto que todos los que hay aquí no pasan de moscas, escarabajos y avispas comunes.

-Bueno, vaya usted y vea si la portezuela está cerrada... por si acaso.

Una vez asegurada la puerta, los náufragos se reunieron en la cabina del pasaje para estudiar su situación.

Algunos hablaban de explorar los alrededores apenas dejara de llover; otros proponían preparar una gran hoguera para hacer señales de humo caso que algún aeroplano fuera en su busca. Por último, había otros muy hambrientos que no cesaban de echar codiciosas miradas a los cocos que pendían de los cocoteros próximos.

También Rhine sentía hambre y sed. Sin embargo, aconsejó a los demás que se aguantaran y no se movieran del aparato bajo ningún pretexto.

Por lo pronto el estado de Morton Frankel era lo que más preocupaba a Elliott y al doctor Kazin. Swedis seguía lanzando llamadas de socorro por radio sin recibir contestación. Cuando Swedis se cansó, Yvette Duelos lo sustituyó.

El extraño silencio del receptor de radio, finalmente, fue lo que hizo sospechar a Rhine que el aparato pudiera haberse estropeado. Sacó el panel que cubría el bastidor y comprobó que, en efecto, el choque había arrancado un par de hilos de su sitio. Con las últimas luces de la tarde arregló como pudo la avería.

La radio, después de esto, funcionó.

Mientras caía la noche, Yvette sintonizó la emisora de Sidney, en Australia, la cual estaba dando un boletín de noticias. Entre estas noticias, la emisora de Sidney comentó la falta de puntualidad de los insectos, al no acudir a la entrevista concertada con las Naciones Unidas que tanto interés había despertado en todo el mundo.

Luego, inesperadamente, el locutor adoptó un tono distinto para decir:

-«Y ahora, rogamos atención al comandante Elliott Rhine y a sus impacientes compañeros. Sus llamadas han sido recogidas. Les están buscando. Esperen con calma porque pronto recibirán ayuda.»

-¿Han oído eso? -exclamó Yvette Duelos-. ¡Nuestras llamadas fueron escuchadas!

-Lo cual quiere decir que la avería de la radio sólo afectaba al receptor -dijo Vidya

Connor lanzando una mirada reprobadora sobre Rhine.

Elliott levantó los hombros y se puso colorado.

Después de comentar acerca de la próxima ayuda que iban a recibir, habiendo oscurecido por completo, empezaron a escucharse bostezos aquí y allá.

Había dejado de llover, aunque el viento seguía azotando el mar y levantando olas que venían rodando con fragor por la playa para golpear el casco de la aeronave con sordo ruido. Rhine se dirigió a la cabina de mando y apagó las luces en todo el aparato.

Solamente la débil luz roja del dial de aparato de radio quedó brillando como un fanal guía en la oscuridad.

Swedis protestó:

-Suponiendo que volara sobre nosotros un avión de los que nos están buscando, ¿cómo iban a vernos en esta oscuridad?

Rhine contestó:

-Con este temporal los aviones no volarán durante la noche. Además, si alguno lo hiciera, iría arrojando luces de bengala, y en este caso le veríamos. Convendría, pues, que alguien se quedara de guardia mientras los demás duermen. Usted mismo puede hacer el primer turno. Llámeme a la medianoche.

Swedis quedó rezongando malhumorado. Rhine se echó en uno de los sillones, que era del tipo extensible. Poco después, pese al ruido de las olas al rodar por la playa y los sordos golpes que producían al pegar contra la nave, Elliott quedaba profundamente dormido.

Un grito ahogado le despertó con la sensación de haber trascurrido mucho más tiempo del acordado con Swedis.

La cabina seguía a oscuras y no volvió a oír el grito que creía haber escuchado. Pero cierto rumor sospechoso, como de algo que se arrastraba, acabó de espabilarle y le hizo sentirse alarmado.

Sobre cada asiento había una luz que cada pasajero podía encender a voluntad con sólo alargar la mano.

Rhine levantó la suya, buscó a tientas el conmutador y lo encontró al tacto. Sonó un chasquido y brilló la luz. Ésta se proyectaba directamente sobre Elliott dejando en sombra el resto de la cabina.

Quedó deslumbrado en el primer instante. Luego se puso en pie y miró en dirección a la cabina de los pilotos. Algo se movía furtivamente allí.

En el asiento, junto a Rhine, estaba uno de los fusiles eléctricos arrebatados a los insectos. Lo cogió y echó a andar hacia la cámara de

derrota en el instante que se dejaba oír un chirrido. Rhine se detuvo en seco sintiendo erizársele la piel de los brazos. Era el sonido característico que producían los «hombres-insecto» al hacer vibrar las membranas de su cuello.

Vidya Connor dormía en la cabina cuidando de Morton Frankel.

-¡Vidya! -gritó Elliott echando a correr.

Cruzó la puerta y se detuvo tratando de ver en la oscuridad. El dial del receptor de radio dejaba escapar un leve resplandor rojo, y a favor de éste pudo ver unas horribles figuras arrastrando el cuerpo de Vidya por el piso.

Más allá, unas piernas asomaban por la ventanilla de la cual faltaba el cristal parabrisas.

Un demonio negro saltó al cuello de Rhine.

Era un «hombre-insecto», pero muy pequeño. A lo sumo tendría un metro de alzada. Sus garras apretaron el cuello del cosmonauta. Rhine le golpeó con el puño cerrado en un lado de la cabeza.

El insecto cayó al suelo chirriando furiosamente. Rhine saltó atrás, empuñó el fusil y disparó a bocajarro.

Brilló un relámpago deslumbrador acompañado de seco trallazo.

Los dos insectos que arrastraban a la muchacha soltaron su presa y corrieron hacia la ventanilla donde asomaban unos pantalones deshilachados y un par de zapatos muy gastados.

Rhine disparó alcanzando a uno de los demonios antes que éste pudiera llegar a la ventanilla.

El relámpago de su propio fusil deslumbró a Rhine. Cuando volvió a ver al insecto que huía, éste se escabullía por la ventanilla junto a las piernas humanas que por allí asomaban. Elliott no se atrevió a disparar por no alcanzar también al hombre.

El grito de Rhine y el chasquido de los disparos habían puesto en pie a los demás componentes del grupo. El doctor Kazin fue el primero en llegar junto a Elliott y lanzó una exclamación ronca.

-¡Frankel! ¡Lo han secuestrado!

Rhine corrió hacia el tablero de instrumentos y encendió todas las luces.

Desde afuera, los malditos bichos tiraban del cuerpo de Frankel. Rhine cogió las piernas de Frankel, el doctor también, y el resto del grupo llegó muy excitado para unir sus esfuerzos disputando a los insectos el cuerpo de Frankel a través de la ventanilla.

-Sujétenlo mientras salgo -dijo Elliott-. ¡Venga usted conmigo, señor Canales!

Rhine abrió la puerta y saltó a la húmeda arena de la playa. Por las ventanillas y la puerta de la aeronave se proyectaban chorros de luz que llegaban hasta el suelo esparciendo alguna claridad en rededor. Los dos

hombres corrieron hacia la proa del aparato.

Por lo menos una veintena de «hombres-insecto» de pequeño tamaño, como niños de siete a ocho años, se agitaba afanosamente brincando con la agilidad de monos mientras unos cuantos de ellos intentaban sacar a Frankel por la ventanilla. La ferocidad y la audacia de aquellos bichos eran inauditas.

Elliott disparó su fusil contra un par de insectos que estaban dando saltos encima del techo de la aeronave. Canales abrasó con sus disparos a dos o tres que trepaban por el tronco de un cocotero.

Los insectos, asustados por los chispazos eléctricos, abandonaron a Frankel y echaron a correr soltando furiosos chirridos.

Media docena de ellos, por lo menos, fueron alcanzados por los disparos de Canales y Elliott antes que toda la chusma lograra desaparecer en la oscuridad de la selva.

Canales trepó al cono de la proa de la aeronave para ayudar a los que desde dentro tiraban de las piernas de Frankel.

Mientras, Elliott vigilaba abajo mirando recelosamente a todas partes por si los insectos volvían.

Los insectos no volvieron. Canales se introdujo por la ventanilla en la aeronave. Rhine volvió atrás hacia la puerta, se encaramó al aparato y aseguró la puerta tras él.

En la cabina de mando, Kazin acababa de incorporarse después de reconocer a Frankel.

Morton Frankel había muerto. Los insectos, que habían llegado allí atraídos por el olor de la sangre de Frankel, no habían podido contener su impaciencia y le habían mordido en la yugular chupándole la sangre.

Vidya Connor también había sido mordida en el cuello por los insectos mientras dormía. La muchacha, al despertar con la dentellada y ver sobre ella a uno de aquellos horribles bichos, había intentado lanzar un grito y se desmayó. Ahora sollozaba histéricamente entre los brazos de María Brazone mientras la sangre le corría en un hilo por su blanco cuello.

-Puesto que nada podemos hacer por Frankel, vamos a ocuparnos de usted, señorita Connor -dijo el doctor.

En otro extremo de la cabina, Canales la había emprendido con Swedis llamándole imbécil e irresponsable, culpándole de haberse dormido durante la guardia permitiendo así que los insectos penetraran en la aeronave por la ventanilla donde faltaba el cristal.

-Dejen de discutir -dijo Rhine mediando en la disputa-. La cosa no tiene remedio y la culpa de Swedis es apenas mayor que la de todos los demás. Todos estábamos cansados, como lo demuestra el hecho que nadie despertó pese al ruido que metieron los insectos. Cualquiera de nosotros se hubiera dormido en una guardia tan larga. Swedis nunca debió suponer que los

insectos pudieran entrar por una ventanilla tan estrecha.

Las horas que quedaban hasta el amanecer fueron largas y pesadas.

A la salida del sol el cielo era azul y estaba despejado. La mar era llana. El viento soplaba de tierra, lo cual sugirió a Rhine la idea de hacer que la aeronave se elevara unos metros en el aire para que, impulsada por el viento, derivara hacia el mar a la espera de ser descubiertos por alguno de los aviones que les estarían buscando.

Por otro lado, sin embargo, esto equivalía a convertirse en náufragos voluntariamente. Aquí, en la costa, aunque siempre bajo la amenaza de ser atacados por los insectos, tenían comida y agua en los cocos que el temporal había descolgado de las palmeras.

Rhine permitió que sus compañeros opinaran, y la opinión, por mayoría, fue que debían seguir donde estaban a pesar de los insectos que pululaban en la inmediata selva.

Elliott tuvo que celebrar no haber realizado su primera idea.

Alrededor de las diez de la mañana escucharon tiros de fusil y ametralladora. Poco después veían dos tanques que avanzaban rezongando por la faja de arena de la playa en dirección a la aeronave.

Eran soldados indonesios de un destacamento distante 50 millas por la costa que les buscaba desde la tarde anterior.

Hacia el mediodía, dos helicópteros volaron sobre la aeronave y se posaron en la playa para tomar a bordo a los cansados y excitados náufragos. De todos ellos, sólo uno se negó a ser evacuado a bordo de los helicópteros. Éste fue Rhine.

Durante dos días, Elliott Rhine permaneció con el destacamento junto a la aeronave secuestrada mientras un portaaviones de la Marina de los Estados Unidos navegaba a toda máquina hacia la costa occidental de Borneo donde era esperado por el impaciente cosmonauta.

El portaaviones no pudo acercarse a la playa, lo cual no representó, sin embargo, obstáculo serio para que la aeronave fuese transportada a bordo.

En efecto, un helicóptero voló desde la cubierta del barco a la playa donde Elliott Rhine acaba de poner en marcha el mecanismo de flotación de la aeronave insectil. El helicóptero lanzó una amarra y, remolcando a la aeronave como si ésta fuese un globo dirigible, la arrastró con facilidad hasta la cubierta del buque.

Desde la cabina de la aeronave, Elliott apretó un botón que desplegó el tren de aterrizaje. Luego accionó otro botón y la aeronave fue a posarse suavemente sobre la cubierta descansando sobre sus ruedas.

Los pilotos de la dotación del portaaviones presenciaban estupefactos estas extrañas maniobras de la máquina extraterrestre.

Cuando Rhine saltó a la cubierta del barco, la tripulación le vitoreó como un héroe. El buque empezó a navegar inmediatamente, poniendo

rumbo a los Estados Unidos, pero Elliott apenas permaneció un par de horas a bordo de él.

Poco después subía como pasajero a un avión reactor que fue catapultado y, ya en el aire, puso proa al este para volar a los Estados Unidos.

Cuando el reactor se acercaba a la costa occidental de los Estados Unidos, Rhine y su piloto alcanzaron a ver un gigantesco globo de fuego que se alzaba en el horizonte irradiando una luz viva de una extraña tonalidad verde azulada. Poco después, el piloto recibía orden de apartarse de su ruta para aterrizar en otro lugar distinto del acordado previamente.

San Francisco acababa de ser borrada del mapa por una espantosa explosión termonuclear.

Los «hombres-insecto» estaban atacando a la Tierra.

* * *

En la Base de Cohetes el general Westray escuchó el emocionante relato de las aventuras de Rhine. Y mientras escuchaba, Westray lanzaba frecuentes miradas a un receptor de televisión, siguiendo así desde su despacho blindado subterráneo las operaciones de puesta a punto de una docena de grandes cohetes orbitales.

-Desgraciadamente -dijo Westray- los insectos no van a darnos tiempo para arrancarle el secreto a la aeronave capturada por usted y sus amigos. Desde hace catorce horas, los insectos desencadenan un ataque violentísimo sobre todo el mundo, aunque distinguiéndonos a los americanos con las mayores y más ruidosas de sus bombas de hidrógeno. Saben que hemos capturado su aeronave y se disponen a aplastarnos sin darnos tiempo a desarrollar una nueva serie de cohetes inspirados en la copia de su sistema antigravitatorio. Tampoco nosotros podemos esperar tanto tiempo, permitiendo que mientras tanto pulvericen nuestras ciudades, arrasen nuestras fábricas y aniquilen millones de seres humanos en todo el mundo.

-Así, pues, ¿vamos a atacar con los medios de que disponemos?

-Esos cohetes deben estar en el espacio dentro de treinta horas... si es que antes no asola la Base una de esas malditas bombas de hidrógeno. Con sistema antigravitatorio o sin él, nuestros cohetes actuales son por sí mismos capaces de llevar un par de bombas cada uno contra el casco de la cosmonave enemiga. El sistema de flotación de los insectos nos sería muy útil para economizar combustible y energías en el momento del disparo de un cohete, pero no añadiría a éste movilidad en el espacio. Por lo tanto, vamos a atacar con lo que tenemos, sin perjuicio de que más tarde apliquemos el sistema antigravitatorio en las series sucesivas de cohetes

que fabriquemos.

-Quiere decir los que fabriquemos en el supuesto que falle el ataque que vamos a lanzar mañana.

-¡Ojalá quiera Dios que nuestros muchachos derriben la cosmonave mañana y acabe de una vez esta pesadilla de los «hombres-insecto»! -exclamó el general, y lanzó un suspiro.

-Mi general -dijo Rhine poniéndose en pie-. Como piloto veterano experimentado en esta suerte de aventuras, reclamo para mí el honor de tripular uno de esos cohetes.

-Acaba usted de regresar de una misión en la que por milagro salvó la vida -repuso Westray clavando sus brillantes ojos en el rostro de Elliott-. No está obligado a arriesgarla de nuevo en otra misión.

-Detesto a los insectos mucho más que cualquiera de los pilotos que van a tripular esos cohetes. Yo les he conocido de cerca.

-Está usted cansado y desnutrido...

-He tenido tiempo de descansar en Borneo mientras esperaba la llegada del portaaviones. Y todavía dispongo de veinticuatro horas para descansar del viaje en avión.

-Sólo puedo prometerle una cosa, Rhine. Si el examen médico dice que está usted en condiciones físicas para volar, no le impediré que tome parte en el ataque.

-Ya es suficiente con eso, general. Gracias -dijo Elliott saludando marcialmente.

Veintiséis horas más tarde, una camioneta depositaba a Elliott al pie de la grúa de lanzamiento, alto andamio de acero montado sobre raíles al cual estaba sujeto por abrazaderas el cohete «K-23» de los Estados Unidos.

Al saltar de la camioneta, Rhine levantó los ojos al cielo, gesto que había llegado a hacerse un hábito entre el personal de la Base de Cohetes, todos esperando el proyectil de los insectos que en un segundo podía reducir a escombros la instalación con todos sus hombres y máquinas.

El mundo entero vivía la psicosis de la destrucción y la muerte, sembrada con profusión en la redondez del planeta por los proyectiles atómicos de un enemigo cruel e implacable. En aquellas horas, nadie tenía enteramente sus sentidos en la labor que realizaba. Los hombres se movían como autómatas y cumplían su cometido por la pura fuerza de la costumbre. Sobre cada hombre y mujer pesaba la preocupación del destino que a cada uno le aguardaba. Raro era quien no tenía que llorar la desaparición de algún ser querido: padres, esposas, hijos o hermanos y amigos.

Al llegar al pie de la torre, Rhine se detuvo consultando su reloj de pulsera. Todos los movimientos habían sido medidos al segundo con anticipación. Faltaban tres minutos para que el ascensor tomara a Rhine y

le condujera a nivel de la escotilla de acceso a su aparato.

Un «jeep» vino rodando velozmente por la pista de cemento y se detuvo ante Elliott con agudo chirriar de frenos.

Sorprendido, vio Elliott saltar del auto a Vidya Connor a quien acompañaba el doctor Nicolaih Kazin. Vidya llevaba todavía una venda en el cuello, lo cual trataba de disimular con el cuello alzado de su gabardina.

-¡Vidya! ¡Doctor! ¿Cómo han llegado aquí? -exclamó Elliott avanzando a su encuentro.

Kazin estrechó vigorosamente la mano de Rhine mientras decía:

-Un avión de chorro de los Estados Unidos nos trajo a todo el grupo a Santa Bárbara, donde fuimos internados en un hospital. Esta mañana llegó al hospital un obrero de esta Base de Cohetes que se había caído de un andamio. Oímos a ese hombre decir que las Fuerzas Aéreas se disponían a lanzar un ataque a fondo contra la cosmonave, y citó entre varios pilotos muy famosos el nombre de usted. Entonces quisimos venir a desearle suerte...

Los ojos de Elliott se encontraron con los de Vidya.

-¿Ya se encuentra bien, señorita Connor?

-Lo mío no tiene importancia, el único cuidado del doctor era que se infectase la mordedura de aquel horrible insecto. Pero usted, Rhine... ¡Dios mío! ¿No tuvo bastante con la aventura anterior, que se dispone otra vez a volar en uno de esos peligrosos cohetes?

-Alguien tiene que subir allá arriba para echar abajo a esa condenada astronave de los «hombres-insecto», ¿no le parece?

-¿Pero por qué usted?

-¿Y por qué no yo? Soy huérfano de padre y madre desde niño, no tengo hermanos ni parientes conocidos. Caso que muera, nadie llorará mi muerte. Luego...

-¿Por qué dice eso? -protestó Vidya-. Tiene usted amigos. Nos tiene a nosotros, al doctor Kazin, a Yvette, a María, a Lundigan... y a mí. ¿No somos nadie sus amigos?

-Por supuesto que sí. Sin embargo...

El estridente toque de un claxon, transmitido a toda la base por el circuito de altavoces, interrumpió las palabras de Elliott.

-«Tripulaciones de los cohetes. ¡A sus puestos!» -bramaron los altavoces.

Rhine tendió su mano a la señorita Connor.

-Ese aviso es para mí, miss Connor. Deséeme buena suerte y... hasta la vista.

La mano de Vidya tembló entre las manos enguantadas de Rhine. La joven levantó sus hermosos ojos hasta el rostro de Elliott.

-Señor Rhine... procure volver. Cuando esté allá arriba piense que no

está tan solo. Mi pensamiento y mis oraciones le acompañarán para que pueda volver sano y salvo... y para que no vuelva a sentirse huérfano en el mundo en lo sucesivo.

Rhine la miró sorprendido a los ojos. Luego la estrechó en sus brazos, se inclinó sobre sus labios y la besó.

-Adiós...

-¡No, adiós no! -gritó Vidya mientras él se dirigía con rápidos pasos hacia el montacargas donde era esperado por los hombres encargados de clausurar la puerta del cohete. Rhine se detuvo y la miró-. ¡Hasta la vista!

Él sonrió agradecido. Entró en la plataforma y ésta se puso en movimiento elevándole sobre el nivel de la Base.

Allá abajo, las figuras de Vidya Connor y el doctor se empequeñecían a medida que Elliott subía más y más alto. Agitó una mano. Kazin y Vidya le contestaron desde abajo. Todavía volvió a saludar antes de entrar por la estrecha puertecilla hasta la angosta cabina atestada de instrumentos.

De pie, junto al «jeep», Kazin contestó agitando su sombrero y Vidya le lanzó un triste beso de despedida.

-¡Volveré! -gritó Elliott, aunque ella no podía oírle entre los diversos ruidos de la Base.

Luego se introdujo en la cabina y se dejó caer suspirando en su sillón conformado anatómicamente.

* * *

Cuatro horas más tarde el infierno entero parecía desencadenar una tempestad sobre la Base de Cohetes cuando las 24 máquinas encendieron a la vez sus motores y se lanzaron bramando a escalar el espacio.

Una hora antes había oscurecido y desde tierra la mirada angustiada de los californianos podía ver una estrella de primera magnitud que, semejante a un fanal celeste, se elevaba por el cielo de occidente corriéndose muy aprisa en dirección al este.

Era la cosmonave de los «hombres insecto» y su reaparición en el cielo nocturno de los Estados Unidos sólo podía interpretarse como anuncio de una nueva lluvia de bombas nucleares que sembrarían la destrucción y la muerte al paso del fatídico astro artificial.

En aquel momento Vidya se encontraba con el doctor Kazin en el blocao de acero y cemento desde el cual los técnicos seguían por radar el vuelo de los cohetes, estando en continuo contacto por radio con los pilotos.

Era éste el lanzamiento más grande de cohetes que se realizaba en los Estados Unidos y en el mundo entero; 24 desde California y otros grupos desde distintas bases de cohetes esparcidas por todo el territorio americano hasta sumar en total 185 cohetes que transportaban 322 bombas atómicas

alojadas en la cabeza de un número igual de proyectiles dirigidos.

A esta misma hora, desde otras bases de la Unión Soviética, Alemania y Francia, otros 200 cohetes tripulados despegaban de sus bases para atacar conjuntamente a la cosmonave enemiga.

La cosmonave representaba el peligro más grande con el cual se había enfrentado el mundo, y el mundo respondía a esta amenaza uniéndose en un solo bloque, olvidando sus diferencias y rencillas para combatir al enemigo común.

Desde el blocao de cemento y acero, Vidya escuchó anhelante durante 50 minutos las voces de los pilotos que llegaban del lejano espacio.

Primero fueron informes relativos a la marcha de los aparatos:

-«Consumida la primera sección. Se enciende la segunda.»

-«Consumida la segunda sección. Se enciende la tercera. Todo marcha bien.»

Como nota trágica, la voz angustiada de un piloto:

-«¡La segunda sección se niega a separarse! Suelto las bombas y procuro volver a tierra planeando.»

Luego el informe de un comandante de escuadrilla:

-«Un aparato acaba de hacer explosión a mi lado. Estaba demasiado lejos. No pude ver su número.»

Y la voz fría del coronel en el blocao:

-Ha sido el cohete de Pittford.

Una llamada vigorosa desde el espacio. La voz de Elliott Rhine:

-«Aló, Oropéndola. Se apagó la tercera sección. Alcanzo la órbita y veo al objetivo en mi radar. Vamos a atacar.»

-Buena suerte, Rhine. Adelante -era el general Westray quien hablaba muy nervioso manteniendo el micrófono pegado a sus pálidos labios.

-«Atención. Lanzo mis torpedos.»

En el blocao todo era silencio y expectación. Un gran reloj con una enorme saeta iba marcando a saltos los minutos.

Las voces empezaron a llegar mezcladas desde el espacio:

«Ahí viene uno de esos malditos cazas...» «¡Cuidado, Bill, tienes uno de esos bichos detrás!» «¡Atención a los torpedos. Picad hacia tierra y no os dejéis alcanzar!»

Westray dijo de pronto:

-No puedo soportarlo más tiempo. Me voy afuera.

Silenciosamente Vidya siguió al general cuando éste tomaba la escalera de hormigón para salir al aire libre bajo la noche estrellada.

El cielo parecía surcado en todas direcciones de estrellas fugaces. De vez en cuando, un boquete de luz azulado-verdosa estallaba en la altura irradiando un vivo resplandor que convertía la noche en día y permitía distinguir toda la base hasta el horizonte.

Vidya no preguntó qué cosa producía aquellas líneas de luz en el espacio. Eran los aparatos destruidos que se incendiaban al entrar violentamente en la atmósfera.

Por lo demás, todo el encarnizado combate que se libraba en el espacio se desarrollaba en mitad de un fantástico silencio. Solamente el resplandor de los torpedos atómicos llegaba a tierra.

De pronto, la pequeña estrella que impasiblemente se movía de oeste a este estalló en un monstruoso sol verde que esparció enceguecedora luz hiriendo los ojos de Vidya Connor. La muchacha tuvo que cubrirse con las manos los ojos lastimados, en tanto que Westray dejaba escapar un salvaje alarido:

-¡Lo conseguimos! ¡Lo hemos destruido!

Casi por espacio de un minuto, aquella luz monstruosa parpadeó como si en sus entrañas recibiera nuevo combustible que se sumaba a su frío y aterrador fuego. Luego se extinguió el globo, formándose a modo de una fantástica aureola fluorescente cuyo anillo iba ensanchándose y ensanchándose a través del cielo.

Por la escalera del blocao empezaron a salir hombres que corrían lanzando desaforados alaridos de alegría. El cielo se llenaba de nuevo de estrellas fugaces... aerolitos, es decir, restos de la aniquilada cosmonave que al entrar en la atmósfera se incendiaban y volatilizaban convirtiéndose en cenizas.

Todos los especialistas de la base se habían lanzado fuera de sus escondrijos y de todas partes llegaba un estentóreo grito de alegría que puso de punta los cabellos de Vidya Connor.

Ella de pronto echó a correr escaleras abajo volviendo a la gran habitación subterránea donde las pantallas de radar y los micrófonos habían quedado olvidados. Sólo un hombre se encontraba allí. Era el doctor Nicolaih Kazin. Estaba apoyado de codos en una mesa y lloraba silenciosamente con los ojos fijos en un altavoz del cual salía el acento jubiloso de un piloto americano.

Vidya reconoció aquella voz. Era la de Elliott Rhine.

Se acercó al aparato y cogió el micrófono abandonado sobre la mesa.

-¡Aló, Oropéndola! Aquí Rhine. ¡Hemos destruido la cosmonave!

-¡Elliott! ¡Elliott! -sollozó histéricamente la muchacha-. Soy Vidya. ¿Me escuchas?

-Sí, Vidya, te oigo perfectamente. ¡Vidya! ¿Lo has visto?

-Sí.

-Voy a planear enseguida, amor mío. Sólo siento que tardaremos algunos días en encontrarnos. Mi pista de aterrizaje está en las Hawai.

-¡No importa! ¡No importa! -sollozó Vidya-. Lo único que importa es que llegues a tierra sano y salvo. Ten mucho cuidado, Elliott. ¡Por Dios, ten

mucho cuidado!

-Sí, Vidya, iré con mucho cuidado. Todo ha cambiado desde que te besé en la Base de Cohetes. Ahora ya no me siento solo. ¡Vidya, te amo!

La emoción impidió a la muchacha pronunciar ninguna otra palabra.

Soltó el micrófono y se dejó caer en una silla junto a Kazin. Y como éste, echó la cara entre los brazos y rompió a llorar... a llorar de alegría y de alivio... porque el mundo al fin se veía libre de aquella terrible amenaza, porque éste era el fin de una larga y horrenda pesadilla... y era una mujer enamorada que esperaba el regreso de su bravo guerrero.

FIN

Notas

[←1]

Véase el número 195 de esta misma colección titulado “Intrusos siderales”, del mismo autor.

[←2]

Véase “Intrusos siderales”, obra del mismo autor.

Un mensaje de socorro... Un viraje... Una explosión en el cuadro de reactores... Y un viaje que había principiado normalmente, como un simple viaje de Saturno a la Tierra, se convierte en un angustioso y estremecedor

VIAJE AL INFINITO

Vuelve de nuevo su autor predilecto

P DANGER

con un argumento pletórico de emoción y de vida. Era toda una nave condenada a una muerte lenta, cierta e inexorable. Un viaje angustioso, desesperado, cuyo fin era la muerte.

VIAJE AL INFINITO

Una novela que usted no olvidará, por su interés, por su emoción y por su candente dramatismo. Un nuevo libro que le avala la inigualable colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 6 pesetas.